



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



3 \$

SA 5279.4

Harvard College Library



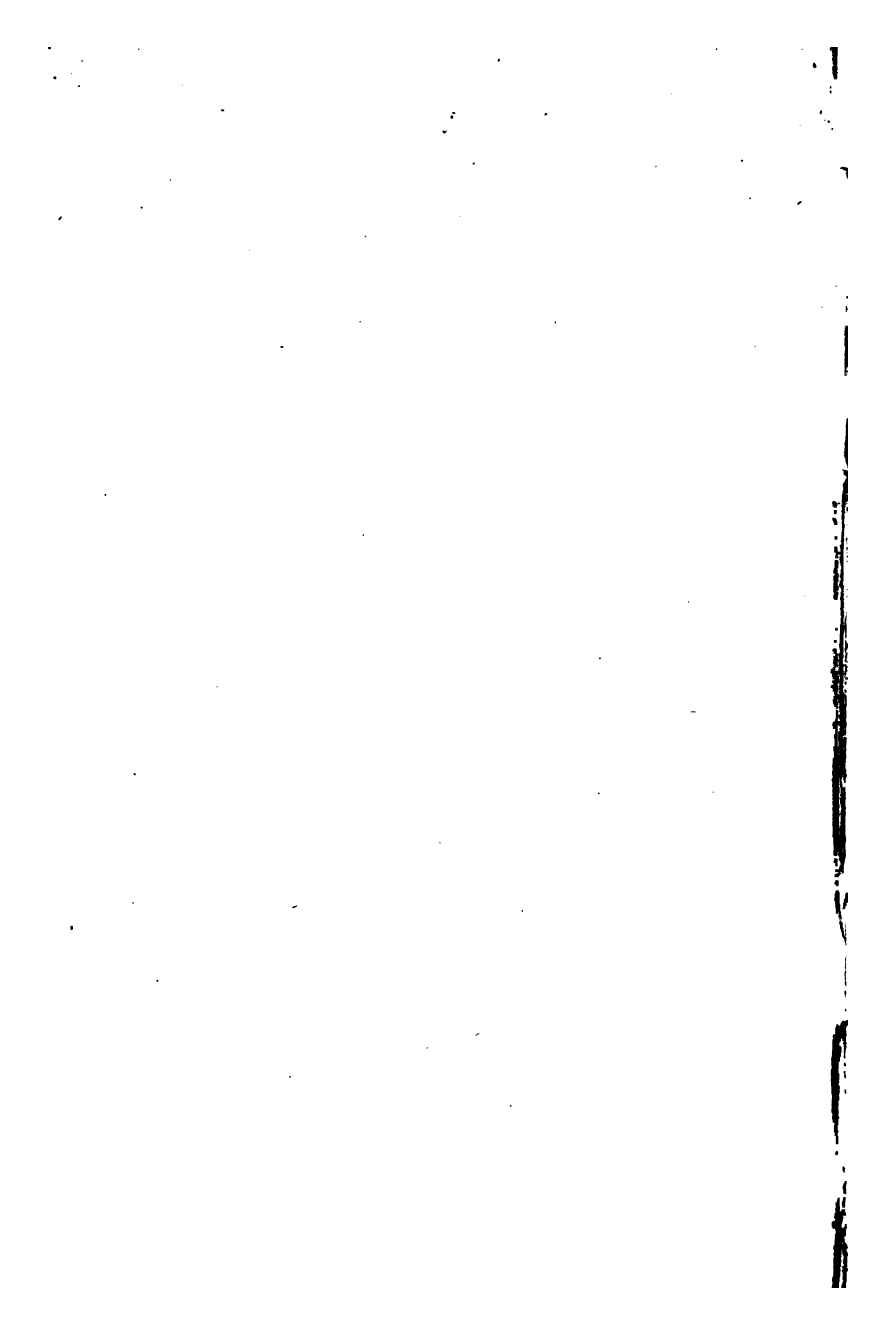
FROM THE FUND

FOR A

**PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS**

ESTABLISHED 1913





Buenos Aires por dentro

TIPOS Y FANTOCHES

POR

Leonardo A. Bazzano



BUENOS AIRES
EDITORES, LUIS Y JUAN J. MONTEVERDE
1448 — COMERCIO — 1448
1899

SA5279.4

HARVARD COLLEGE LIBRARY

DEC 24 1915

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

Con permiso . . .

No busque el lector en estas páginas nada que le instruya sobre materia alguna, pues no han sido escritas para estudiosos ni eruditos, sino para aquellos que, como el autor, viven sin ambición y riendo...

Más de uno ha de encontrarse aquí con su efigie... de cuerpo entero, porque he trazado bocetos, esbozado cuadros de asuntos que, á cada paso, sorprendemos en la sociedad.

Y aunque esos descontentos me maldigan, yo continuaré escribiendo...

Y riéndome.

EL AUTOR.



¡Truco y retruco!

Aquel día Doña Petrona tenía un humor...de intendente. Y no era para menos! Su legítimo esposo, Don Ciriaco Pocacerda,—antiguo cochero de la empresa «Ciudad de Buenos Aires»,—olvidaba lamentablemente sus deberes de jefe de hogar. El!...que siempre había sido un *güen* hombre!

Doña Petrona supo esa mañanita por el sargento de policía, Don Martiniano Lonjalarga,—compadre de eila,—que Ciriaco andaba *encamotao* con una tal Rufina, moza que gozaba fama de ser la más bonita y ladina de todo el barrio del Baño.

Ah!... Entonces Doña Petrona se dió cuenta clara de porqué su esposo le mer-maba todos los meses los *reales* conocimientos para los gastos de la casa.

Tenía una rivall.....y una rival jóven, y bonita, y muy señora, que gastaba som-brero con pluma larga, guantes y sombri-

lita de seda,—que solo Dios y ella sabrían de donde emanaba.

¿Quien sabe si todo eso no lo pagaba el otario de su marido!....

Oh! Si á Ciriaco se le encajaba el carro, ella iba á tocar la corneta!....y juerte, como pa que la oyeran los pasajeros.....y hasta el intendente,—que solo tiene oídos para los bombos que le dan los imprenteros gubernistas.



La parda Petrona, aunque entrada en años, no dejaba de conservar antiguos atractivos. Tenía unos ojos....que mandaban truco, y un busto digno de un *menumento*,—como le decía don Martiniano siempre que le echaba alguna flor, que era todo lo que solía echarle. Regalos?.... Ni pa rimedio.

El sargento Lonjalarga, —que frisaba en los cincuenta,—era algo moreno, de recio cabello, y un poco cargado de espaldas.....y de conciencia, como ciertos *mentistros* que en un tiempo hubieron.

Siempre habia sido muy aficionado á las faldas, aunque en sus campañas amorosas habia sufrido más derrotas que triunfos obtenido.

Visitaba con frecuencia á Doña Petrona, en ausencia de su esposo, porque gustaba de ella, pero....jera su comadre! Estaba el sacramento de por medio!

Eso no impedía, sin embargo, que en presencia de ella suspirara hondo y se conmoviera en secreto.

Y cómo le golpeaba fuerte el corazón cuando ña Petrona le brindaba, con sus

manos regordetas, un *amargo* tan sobroso que le resultaba de miell.... aunque parecía paradoja.

Pero ...estaba el sacramento de por medio!

Por culpa del mocoso Mamerto no era el dueño de su voluntad.

¡Bendito bautismo aquél que le había costao veinte nales entre cura, sacristan y chupandina.

¡Toavía le estaba dando que hacer!

Y estas cosas lo sofocaban al pobre Martiniano.



El estaba sentado sobre un cajón vacío, y ella de pié en la puerta del cuarto que alquilaba en el conventillo de Don Andrés,—un gringo con más plata que Anchorena y más agarrao que un correcho.

El sargento la contemplaba á hurtadillas, mientras saboreaba un mate que ña Petrona le había brindado.

Y aunque hay quienes afirman que las pasiones solo hablan de los dientes para adentro, el sargento había iniciado un diálogo que versaba sobre la infidelidad de Don Ciriaco Pocacerda.

—Créame, ña Petrona,—decía,—que un hombre de los años de mi compadre no debiera andarse, noche á noche, de farra y chupandina. Y pa peor, como es muy otario (pa decirle la verdad) siempre es el pagano de la fiesta, gastándose todo lo que á usted debiera darle.

—No se aflija por eso, Don Martiniano, que mientras le dá la plata á la otra, á mí

también me da algo.....dolores de cabeza, y á veces hasta puñetes.

—Ah! ña Petrona. Sí usted quisiera!..... Aunque soy pobre no me falta una tapera, ni dos trapos pa taparnos.

—Pues échele una tapa á esa olla, compadre, y no ofienda á Dios, que ande quiera que esté siempre nos oye y de allá arriba castiga nuestras faltas.

—Pucha que sí!—replicó el sargento entre dientes.—Si Dios castigara nuestras faltas ya tendrí que rezar y pedir perdón el mayorengo, que es hombre que tiene rotos dos sacramentos y la cabeza de un cabo primero. Mire, ña Petrona, que la suerte se enoja, y pone mala geta y no vuelve más cuando se la desprecía..

Pero callaron al punto porque se presentó en el patio en ese instante.....no crean Vds. que la suerte, sinó Don Ciriaco, que legaba medio pesao de la cabeza y con las piernas que agata le hubieran servido pa una habanera sin corte.



Y al entrar clavó la vista sobre el sargento, el cual se levantó para saludarle, diciendo:

—Aquí me tiene, compadre. ¡Por fin le veo!

—Y yo á usted!

Se miraron un instante, embarazoso el sargento y con ira Don Ciriaco, quien por fin dijo:

—¿Sabe, Don Martiniano, que ya me anda amolando con sus visitas?

—Y por eso se enoja, compadre? ¡Pu-

chal que ensilla pronto! Lo güeno que yo no me ofiendo.

—Y aunque se ofendiera.....¿qué hay con eso?

Y Ciriaco se paró frente al sargento en actitud amenazante.

—Vamos, ché, no te acalorés, le dijo a su marido Doña Petrona.

—No se aflija, comadre. Usté sabe que entre güeyes no hay cornadas.

—Pa su mama! —gritó Ciriaco. — Para güey, usté!....y su familia pa manada.

—¡Oiganlé á ese viejo!

—Dígame ¿pa qué ha venido aquí?

—Sabe, compadre? Porque largué el servicio más temprano y porque quería jugar un truco.

—Yo te voy á dar truco, mauala!

Y al decir esto le puso uno en un ojo.

—¡Tomá truco!

Don Martiniano rodó por el suelo y al levantarse atacó á su adversario, saliendo ámbos al medio del vasto patio como trenza de ocho.

Y mientras ellos lanzaban criollas interjecciones, ña Petrona ponía el grito en el cielo.

La partida de truco estaba empeñada. Ciriaco le mandó un invite al sargento en el medio de las aspas y éste rodó por el suelo, con ruido sordo, como tercio de yerba que se cae.

Los chiquillines del conventillo y las comadres asomaban á las puertas de los otros cuartos, ó covachas, como pichones de lechuza á su nido.

A los gritos de ña Petrona acudió la policía, en forma de dos agentes tanos,

que continuaron la partida desenvainando la carraca,



Han pasado ya algunos meses, y Martiniano, el desdichado tenorio, cuando acierta á pasar junto á un boliche y oye decir ¡truco! grita desaforadamente ¡no quiero!.....y apela á las de bailar.

Si todos los maridos fuesen como Don Ciriaco no habría tantas mujeres infieles.

¿No le parece, cuñao?





La familia de Corchete

La casa que habita la familia Corchete está más silenciosa que nunca, pero se presenta un joven á interrumpir ese silencio, dando dos golpes de llamador en la puerta.

Sale la respetable Doña Dominga, contoneándose á derecha é izquierda — que ese es su modo de andar — y al ver al joven, llena de regocijo, en apariencia, le estrecha la mano y lo hace pasar adelante.

Después de los cumplidos de costumbre, de esas patrañas de moda en toda persona medianamente educada, pasan á la sala, donde aparecen, al instante, cuatro niñas casaderas, hijas de doña Dominga, las cuales son la flor de la belleza, según dice su mamá.

El autor de este artículo pone eso en cuarentena, que es como si dijésemos en duda.

El caso es que hasta la fecha las niñas no han encontrado marido, y eso que las pobres no hacen otra cosa que buscarlo.

Quizás sea porque no frecuentan teatros, ni bailes, ni concurren á fiesta de ninguna especie.

Ellas dicen no haber danzado nunca, desde que su señora madre cesó de tocar en sus carnes, con música de azotes, aquellas piezas, que sin ser sentimentales, tantas lágrimas les arrancaban; sobre todo cuando la sogá,—que este era el instrumento favorito de doña Dominga—se les envolvía en las canillas, que, con perdón de ustedes, eran más delgadas que periodista y más negras que conciencia de usurero.

Pero es bueno, y muy bueno, lector amigo, que pasemos estas cosas por alto, por que en llegándose á enterar ese jóven que hace un momento ha entregado, que no es sinó un marchante á la minuta — hablando en lenguaje de hotel—se mandaría mudar, y las de Corchete no le verían más el polvo; y eso, que carga media arroba en el ala del sombrero.

Dejémoslos, pues, que conversen.

—Aquí le presento á mis hijas, D. Simon—dice doña Dominga, y sin poderse contener añade:—¿Qué le parecen á usted?

El jóven—que así he comenzado á llamarle, á pesar de que tiene tantas canas como pelos en la cabeza--responde maquinalmente:

—¡Oh! preciosísimas!

Y las niñas le hacen una descarga de «gracias.»

Les prevengo á ustedes que esto es para empezar.

Después las jóvenes comienzan á observar al recién llegado. Se fijan en la boca, en la nariz, en los ojos y, especialmente, en las orejas que, dicho sea de paso y con perdon de ustedes, parecen las de un pollino.

El, que se apercibe de las miradas insistentes de éstas, piensa:

--Cuando me miran de ese modo, no he de ser tan sanguiuela.

Y para estar más seductor trata de colocarse en una postura romántica.

--¿Y Tiburcio?—pregunta doña Dominga por decir algo.

--Lo vi esta mañana pescando. Es lo más aficionado á eso.

--Y á la caza?—pregunta doña Dominga, con segunda intención.

--Algo también; pero dice que en la pesca es más afortunado.

--¡Ay!—esclama la menor de las jóvenes—yo soy lo más desgraciada para la pesca. Cuando vivía en la quinta de mi tío, iba siempre á la laguna....pero nunca pesqué nada. No tengo suerte para eso.

--También depende del anzuelo y del cebo.

--Es verdad—dice doña Dominga—y del cebo sobre todo.

--Yo pescaba con carne,—agrega la niña.

--¡Ah! si,—responde Simón—la carne es preferible, pero tiene que ser fresca.

--Y yo, una vez—apunta otra de las niñas—pesqué un zapato roto.

--Y yo....

Pero suena un golpe en la puerta y doña Dominga sale á ver quien llama. Al poco rato se presenta con Tiburcio á la cola, quíero decir, detrás.

Y ya que con tanta oportunidad ha llegado, aprovecho la ocasión para presentárselo á ustedes, que lo merece, y hasta es indispensable al autor para continuar este bosquejo de caricaturas; porque Tiburcio es el más asiduo concurrente á esa casa.

Aquí lo tienen, pues. De cuerpo derecho, aunque algo cargado de espaldas...y de conciencia—si me permiten ustedes—con un tajo cicatrizado que parece la boca, y con una boca que parece tajo. La nariz se asemeja á una batata de formas caprichosas. Ojos...no tiene más que uno. El dice que el otro lo perdió en un duelo á florete; pero, según tengo entendido, se lo reventaron de un trompazo.

Es bromista, con chispa algunas veces, y parlachín de primera.

Aquí, en casa de las Corchete, hace lo que se le da la gana. Saca una cosa de una parte y la pone en otra, y nadie le dice nada.

Pero cuando les hace á las niñas alguna picardía demasiado gorda, doña Dominga le reprende benévolutamente.

—Míre, gran demonio,—le dice,—que le voy á cortar la nariz!

—No haga usted eso, doña Dominga, se lo pido por favor, se lo suplico—responde él.—Córteme usted cualquier cosa, menos eso. ¿No ve usted que entonces no podría aspirar el dulce perfume que exhalan estos pimpollos?

Y, como es de suponerse, aquí la respetable señora rie á carcajadas.

Cuando las niñas están de mal humor, él es quien las hace reir. Para eso tienen un sin fin de anécdotas chisto-ísimas, que ha recogido aquí y allá, entre ellas algunas bastante verdes y que él refiere con tanta sal que, en más de una ocasión, hizo que á la misma doña Dominga se le huyese un prisionero cual el de Quevedo.

Por eso las niñas cuando lo ven llegar, dicen:

— Ahí viene el loco.

Y él, que sabe perfectamente que por tal se le tiene, ha llegado al extremo de pasarles las manos por la cara, darles besos y pellizcos, y decirles cualquier cosa, aun la más verde, en presencia de cualquiera, porque no ignora que á un loco se le consiente eso, sobre todo, siendo amigo de la casa.

Pero volvamos al diálogo.

Tiburcio, así que entra en la sala, estrecha la mano á las Corchete, y les dice:

— Ay! Cuánto tiempo he estado sin verlas!.....No me parece posible!...Les garantizo que tenía el corazón más hinchado que el vientre del dueño de casa. Y lo peor es, que mi corazón no podía deshincharse sin verlas yo á ustedes; que lo que es el vientre del dueño de casa....de cualquier modo se deshinchaba.

Esto es un disparate, pero á las niñas les parece una gracia y como tal la rien.

Tiburcio, al ver que su dicho ha hecho buen efecto, les dice cualquier otra cosa—que yo llamaría insolencia, si ustedes me permitieran—y las niñas tornan á reir.

De modo que, ó Tiburcio es el payaso de las de Corchete ó estas el juguete de él:

Yo paso esto por alto, que no me gusta entrar en averiguaciones de tal especie.

Y callemos, porque toma la palabra doña Dominga:

--Si, señor Tiburcio, aquí tiene usted á mis niñas que tanto le han estrañado.

--Que me hayan estrañado nada de estraño tiene, pero ¿á que ninguna ha llorado?

--Yo lloré un poquito—apunta la menor.

--Sí, porque le dolía el vientre —agrega otra.

--Efecto de....dice Tiburcio.

--Si, señor, efecto de unas patatas que habia comido—se apresura á responder doña Dominga.—Se le quedaron al estómago.....

--Si, comprendo, y le dolia el vientre—responde Tiburcio, afectando gravedad.

Y aquí se echan á reir las niñas, y doña Dominga tambien, y hasta el mismo Simon se aprieta el vientre con ambas manos, semejante, en ese momento, á una gaita soplada por un robusto asturiano.

Pero Tiburcio continúa grave y mira á las niñas con el único ojo que tiene, el cual parece querérsele saltar de la órbita.

--Cuando le digo á usted que es el mismo demonio!—dice doña Dominga á don Simon, despues de haber conseguido contener la risa—Siempre tiene alguna de esas ocurrencias. Mis niñas, en cuanto le ven entrar ya ríen....Por eso le quieren tanto.

Doña Dominga no es lerda. Es estra-

ño en una mujer anciana, pero es verdad.

—No lo diga usted, doña Dominga, no lo diga usted, que me ruborizo—dice Tiburcio y se lleva ambas manos á la cara y hace más muecas y más visajes que un mono.

—¿Porqué, don Tiburcio, se ha de ruborizar usted? Que lo quieran unas niñas buenas mozas no tiene nada de malo, ni de extraño

—Que no tiene nada de extraño lo creo, porque yo tambien soy buen mozo, y sinó míreme usted seria y lo verá

Tiburcio, despues de haber dicho esto, se cuadra delante de doña Dominga, frunce el entrecejo y pone en blanco el ojo.

Ya saben ustedes porque lo digo en singular.

Y aquí torna á reir doña Dominga, y las niñas, y don Simon, y hasta el mismo Tiburcio, á pesar suyo.

Despues....despues doña Dominga continúa conversando con Tiburcio, le dice que no sea loco y mfra á las niñas. Estas contemplan las orejas de Simon y suspiran.

Y con estos borrones, lector amigo, doy por terminado este cuadro,—que ya tu paciencia ha de flaquear,—temiendo no haberte proporcionado un momento de soláz, cual tú lo deseabas y yo lo pretendía.

Comedia rápida

La escena representa una habitación dormitorio, amueblada... como ustedes gusten. Ella, en la cama, reposando su busto perpendicularmente sobre un almohadon; Él, de pie, junto á la cabecera.

Él—Anda, monona!... Levántate y prepárame un cafecito... como tú sabes hacerlo... Qué no?... Qué no?... Mira que te doy un pellizquito...

Ella—Ay! demonios...

—Je, je, je!... Te levantas?

—Hace tanto friol!...

—Toma!... y tú por qué echastes á la cama?... Y qué ojitos tenía la picarona!...

—Pues por eso... por los ojitos, y también por la lengüita. ¡No he visto en mis años mujer más curiosa ni más habladora!

—Bueno, pero no te salgas del asunto.—
¿Te levantas?

—Vieras que pereza me dá!...

—Mucha, eh? Pues tom' este pellizco.

—Borríco!... grosero!... bestia!...

—A ver? échame otro piropito.

—Salvaje!... Menelik!...

—Gracias, palomita. No pretendo más galanterías. Confieso que has colmado mis deseos.

—Y tengo mucha razón en decirte eso. Si, señor, eres un salvaje!...

—Repito que gracias.

—Un Menelik!... ¿A que él no pellizca así á su señora.

—Deveras que lo ignoro. Los correspondientes de Europa, que mantienen nuestros diarios, nada dicen al respecto. Y ha de ser por olvido, seguramente, pues que transmiten, día á día, novedades que no son más interesantes. Pero... ¿y el cafecito?

—Que se yo!

—Vamos, mononita, ¿te levantas?

—¡Cuidadito con volverme á pellizcar!
(*Se incorpora, poniéndose á la defensiva*)

—Pero ¡mujer! si no he movido las manos...

—Bueno, retirete. Mira, siéntate en aquel sillón.

—(*sentándose*) Ajajá!... ¡Qué cómoda es esta mecedora!... ¿A que Menelik no tiene una como ésta?

—(*Se columpia. Reina silencio por espacio de un minuto. ELLA está sentada en la cama, mal envuelta en las cobijas, dejando ver parte de sus hombros; ÉL, continúa en la mecedora, con los brazos levantados y las manos entrelazadas por detrás de la nuca*)

Él=¡Qué dichoso cuando soltero! Por las mañanas me levantaba perezosamente, agitaba con el índice un timbrequito, colocaba-

do en la pared, á la cabecera de la cama, y en el acto apareció el mozo con un pocillo de café humeante, sobre pulida bandeja. Ay ! qué café aquel !... sin despreciar claro está, el que saben preparar esas tus manitos de angel... Ah ! pero aquel que me traía el mozo !... Ciertó que tenía para mí otro atractivo...

—El de no pagarlo ?

—Por Díos, mujer !... Yo nunca he dado *calotes*... tan modestos.

—Ah ! Creí que ibas á negar. ¿ Y qué atractivo era ese, entonces ?

—Es que, á veces, entre los biscochuelos venía un billetito de la mucama,—de una mucama hermosísima como un ángel,—en el cual me daba cita para la tarde ó para la noche... Yo no faltaba á la cita, porque era aquella una mujer de genio violento, de esas que aman matando... que besan y muerden, que acarician y arañan.

—Mujeres *galunas*, vamos.

—Eso, eso ! Pero el dueño del hotel,—que también gustaba de la damita,—la vigilaba continuamente, la revisaba sus secretos...

—Qué ?

—Digo: sus papeles, sus cosas... Ella, para evitar fuésemos descubiertos, tomaba mil precauciones.

—Hola ! Como una heroína de novela.

—Para hacer llegar hasta mí los billetitos de las citas, poníalos ingeniosamente dentro de los biscochuelos.

Una mañana que tenía mucho apetito, no me acordé del billete amoroso... y empecé á engullir bizcochos. Uno de ellos, que noté más pastoso, me supó amargo... pero

lo tragué. ¡Cristo! que descompostura después... A poco reviento.

—Y merecido lo tenías por andarte en aventuras con mucamas.

—Yo opino que no.—Se llamaron varios médicos, y hubo consultas, y se resolvió, por fin, recetarme...

—Un buzón?

—No, hija; un vomitivo. Ay! Cuando me acuerdo de esto, todavía ahora sudo... ¡Que cosa terrible es un vomitivo!... Peor que el beso de una vieja.

—Y tú has besado viejas?

—No, pero ellas me han besado á mi... de sorpresa.

—Y tú, tan casto, dejastes la capa... y la vergüenza, en manos de ellas?...

—Yo?... no digo tanto, pero... vamos al cuento. A poco de tomar el vomitivo volví el café, y los bizcochuelos, y una pelotilla de papel. Al verla, todos los médicos se precipitaron sobre ella. Uno de estos, que la recogió, se apresuró á leer:

« Querido pichoncito :

Don Fulano (*el dueño del hotel*) celoso como un bestia, es decir, más que tú, trata de acabar con nuestra felicidad. Es preciso tomar una resolución enérgica: matarle por lo menos.

Tu Panchita »

—Y tú ¿ qué dijistes al oír la lectura de esa esquela?

—Que estaba mal redactada, y que era preciso poner en claro eso de « *Fulano, celoso como un bestia; es decir, más que tú...* » porque ignoraba si se refería á que yo tuviese más celos que el hotelero, ó á que fuese más bestia que él.

Un médico, muy grave, y después de meditarlo mucho, dijo que debía referirse á lo de celoso, porque, en cuanto á lo de bestia, era preciso cederle la supremacía al hotelero.

—Y qué resolvistes entonces?

—Marcharme en el acto del hotel, pues el dueño ya estaba enterado del contenido del billete, y esperaba descogotarme en la primera ocasión,—cosa que á mi, maldita la gracia que me hacía. Escribí un soneto amoroso, lo puse en un sobre y se lo mandé.

—Al hotelero?

—No, hija; á la mucama.

—Y qué te contestó ella?

—Que era yo un hombre prosaico, sin corazón... que me comiera el soneto y que la dejara en paz. Han pasado algunos años, pero no puedo olvidar aquella mucama, aquel billete amoroso, ni aquel soneto ni el café, humeante, que todas las mañanas me traía el mozo á mi habitación. ¡Qué café aquél!... Pero callas... qué tienes? Estás enferma? Veo que palideces.

—No te alarmes; no es nada. Ese pasaje de la historia el de tu vida, que acabas de relatarme, me trae á la memoria uno de la mía.

—Sí?

—Recuerdo que, cuando papá era diputado...

—¡Qué bien hablaba entonces! Yo fui muchísimas veces á aplaudirle... Tenía frases *miraboneanas*.

—Cuando era diputado, tenía un mucamo bello como un Adonis... ¡Qué ojos de hombre!... Confieso que me impresionaban. . . A la cabecera tenía, como tú, un tim

bre eléctrico. Llamaba y acudía él presuroso, solícito. . . Señorita, decía, qué desea? Café, contestábale, y un minuto después volvía á penetrar en mi aposento, trayendo en las manos una bandeja, en la que descansaba el pocillo del sabroso liquido humeante. . . Pero era yo tan perezosa ! . . .

—Si, á la vista está.

—Tanto ! . . . que tenía que hacer un esfuerzo para estirar mis brazos desnudos y tomar el pocillo. El mucamo, siempre tan amable, me decía entonces : Deje, niña, yo se lo daré á tomar.

—Ejem! . . . ejem! . . .

—Qué te pasa ?

—Nada; carraspera. Continúa.

—El, con sumo cuidado, como quien le dá papilla al nene, me llevaba la cucharilla á la boca. . . ¡ Qué café aquél !

—¡ Y qué desvergüenza la tuya ! (*Se levanta y se pasea nerviosamente de un extremo al otro de la habitación*) Contarme á mi esas. . . cosas ! Verdad que ya sabía algo de eso, porque me lo contó una vecina de enfrente que te conocía bien y que me recomendó mucho que no me casara contigo. . . sinó con ella. Pero, mira, quiero enterarme de todo. Sigue, sigue. . .

—He concluido.

—¡ Gracias á Dios ! . . . Es mucho cuento para tomar un mal pocillo de café.

(*Se cala el sombrero y se marcha mal humorado, por el foro. . . ó por cualquier parte*).

ESCENA II

(*en la calle*)

ÉL—Pues nada ! . . . Empecé por tomar

mi sombrero y con él las de Villadiego; ahora *tomaré* el tranway y me iré á *tomar* el fresco. . . Solo falta que me *tomen* por loco, ó que me crean un sugeto que está *tomado*.
Y para que no me suceda esto, ¡toma! no voy á la oficina.

ESCENA III

ÉL—(*entrando*) Lo que es mañana habrá sobre el escritorio de mi oficina un pilón de expedientes, tan alto como la pirámide de Mayo. Y quién tiene la culpa? Tú, y nadie más que tú, que me has herido en lo más vivo del alma, en lo más sensible del corazón con esa tu anécdota infame,—porque, lo sé, todo ello es una anécdota y nada más! Pero. . . me has hecho daño

ELLA (*triumfante*)—Sí? . . . Y quién empezó sus relatos juveniles? Creo que fuistes tú con el cuento de la mucamita.

—Pero si eso no fué más que una broma, con la cual pretendí excitar tus celos. Créeme, nada más

—Pues . . . el resultado no te habrá dejado satisfecho. Con el arma que pretendistes lastimar-me, arma de dos filos, te has herido tú mismo. Aprende, esposo mío: nunca se debe provocar celos á una mujer que ama, como yo te amo á ti.

—Perdóname!

—Te perdono.

(*Cae el telón .. el público de espaldas*)



Un trompezon

(EN LA CALLE)

—Por haberle roto una botella á una muchacha y sin querer... me va á llevar?

—Sin querer!... Si yo lo vi cuando le tiró el manotón.

—¡Qué va á ver?

—Bueno, marche preso!

—Pero por qué, amigo?... Deje quieta la charrasca. Si la cosa no es pa tanto.

—Vamos, camine!

—Si yo no me desacato... No ve que estoy acostumbrao á estas cosas?... pero si no lo hice adrede!.. que lo diga la señora de Pepín, el almacenero, que lo ha visto todo... todito!

—Marche, amigo, marche!

—Bueno, señor; está bien. Pero yo no tuve la culpa y se lo diré al comisario. Al doblar en la esquina trompecé con la muchacha... sin querer, y ella se dejó dír pal suelo y se le rompió. Yo no tengo la culpa de que se le haya roto. Pucha, dígl!. Cuando á uno lo agarran pa otario es de valde. Ni que fuera de la Boca!...

—Bueno, cierre la suya, que ya me está embromando.

—Oh!... avise si me ha craldo italiano. Yo le digo lo que sè, y á mí no me va á jugar con cuatro cartas como truquéan los gringos. Voy á dir, pero conversando, porque yo desde chiquito he sido conversador. Asi me enseñó mi agüelita, que pa hacerme hablar me daba caramelos.

—Ya te vamos á dar mate de leche con canela en cuantito llegués no más.

—Sí, está frescol... Pucha que les voy á cebar mate, como la otra vez y á limpiarle el sable al sargento. ¡ Ni que se mamen! Lárgueme el brazo; si no me voy á dir... Oh! lo que es así no sigo. A mí no me llevará como á muchacho de escuela (*forcejeando*) No me lleva... ¡ qué me va á llevar! (*forcejea con más violencia*) A que no, muola!... A que lo largo é geta?... De ande?

(*Luchan á brazo partido*)

—Sosiéguese!

—Deje... embromar.

—Mire que saco el pito y llamo al oficial.

—(*sosegándose*) Puchal, ... y si lo saco yo!... Se espianta ustè, el oficial y todos.

—Bueno. ¿ Va á dir pa la comisaría?

—Yo sí. Sí me trai un mflor ó un ladeau, como esos de los ricos.

—Y que más ladeau que vos?

—No, endeveras, yo no voy á patas. ¡ No se friegen!... Tan cerquita que está. ...

—Y cómo quiere que lo lleve?

—Siquiera en una carretilla. Oh!... no se enoje... si le voy á pagar boleto... cuando me den la chapa que me prometió el sargento, don Venancio.

—Ya te van á dar chapa... po el lomo.

—Qué no lo sabía? Hace mucho tiempo que estcy estudiando pa tachero... ¡Puchal es una cencia más difícil que la de doctor. De todo tiene... como baul de tano.

—Camíne, amigo!

—Tenga pacencia, don. No ve que el piso está duro y que yo tengo callos? .. Bueno, más lijero... Como quiera. Ahura sí, ya ve la casa. Allí no mas, media cuadra. ¡De léjos la conozco! Como que estuve en pensión un mes, con el caballo del comisario.

Siempre me acuerdo. Un día me encajó en el calabozo porque faltò la alfalfa y el maíz, y sin duda creiba que yo me lo había comido... Su mamal...

—Derecho, amigol

—Pero sí yo no dueblo. ¡ Caramba que me está cuidando!... Ni que juera animal fino!

EN LA COMISARIA

—Ya estamos adentro y ni Dios me libra de la jaula.—Buenas tardes, comisario. Sabe á què vengo? A que me de la chapa (*aparte*) Seguro que me la dá, pero me la dà... ehantal

El comisario —Si, ya sè porque te traen; por tocar á las muchachas ¿no es cierto?

—Lárgueme, señor comisario, y le juro que en adelante no tocarè más que el acordeón y la guitarra. Què no? (*tarareando*) Caramba, digo... Caramba, digo....

Com.—Despacito por las piedras...

—Pierda cuidau, comisario, si no me voy á refalar... Ah! tachero!... Ya verés qué biaba, , .



El pechador

Es un tipo social digno de ser estudiado.

Yo, que le he observado ligeramente, solo me atrevo á calcarle de perfil.

La autopsia moral hágasela otro mas entendido.

Al pechador se le encuentra en toda la escala social, pero en la sociedad media es donde más abunda.

Es, por lo general, de caracter festivo. El buen humor constante es su arma más poderosa.

Tiene muchísimos amigos, á quienes siempre aprovecha.

El foyer del teatro, el café, el hotel, la confiteria etc. son sitios donde nunca falta. Siempre le lleva á ellos su espíritu calculador y frío.

No se junta mas que con aquellas personas que él cree pueden serle útiles. Por eso no tiene amigos pobres.

No se le conoce casa, ni familia porque fuera del foyer del teatro, del café, del hotel, de la confiteria etc. no tiene amigos.

Sí les encuentra á Vds. en la calle, ni

les mirará siquiera; pero al otro día, al verles en los sitios antes citados, les saludará cortesmente.

Cuando ve á los amigos en un hotel, se les aproxima, les saluda, dá unas vueltas en derredor de la mesa y acaba por sentarse entre ellos, diciendo para escucharse de su atrevimiento:

— Con permiso de Vds. Me siento aquí porque no me gusta comer solo. Yo, al revés de los frailes, me complazco en conversar mientras como.

Después dirá una gracia ó dos,—si le ocurren,—y con la mayor entereza tomará la lista por su cuenta.

Luego....los amigos pagan.

Cuando se encuentra sin un centavo,—cosa que sucede á menudo,—se dirige al café, á el teatro, ó á cualquiera de esos sitios donde sabe que, con seguridad, encontrará amigos tolerantes y *paganos* mansos.

Si le invitan á tomar algo, rehusará con mil finezas, pero si insisten...aunque no tiene ganas.....se sentará á la mesa y les acompañará.

En este caso, empieza á preparar el terreno.

— Este mes, me ha ido muy mal en mis negocios,—dice.

— Sí? Pero ¿qué le ha pasado á Vd?—le pregunta algún curioso inocente.

Y aquí el pechador, aprovechando la coyuntura, relatará la historia de su ruina....imaginaria, acabardo,—esto es seguro,—por pedir apoyo....y algunos pesos.

Si se los prestan....no le ven mas.

El pechador, por esto, muda de amigos como el camaleón de colores.

Pierde uno en el café,—á consecuencia de una *pechada* fuerte,—y encuentra otro en el teatro.

Es un cómico hechol

La verdad es que, si no lo fuera, no podría ser pechador, pues le sería imposible representar en la sociedad tantos y tan diversos papeles, escapando a la observación de los que le rodean.

De aquí se desprende que es hombre de talento.

Pero, á pesar de esto, no cultiva arte, ni tiene oficio ni empleo.

Vive de lo que pecha,—y es muy feliz, porque no se preocupa del *mañana*.

Se levanta temprano y se dirige al café, donde se desayuna, gracias á los buenos amigos. De ahí al hotel, donde, de la manera que he referido, almuerza gratis. Por la tarde, vuelta al hotel y luego al café, ó al teatro ó á cualquier sitio donde le sea posible aprovechar á otros amigos.

Tal es la vida que lleva este tipo, inútil á la sociedad y plaga de los tontos que le toleran.

Todo lo que Dios ha creado,—han dicho los sabios,—es útil.

Mentira!

¿Habría quien se atreva á decir cual es la utilidad del pechador para la sociedad donde se desenvuelve?

Y, sin embargo, la sociedad le mantiene y la ley, que rige para todos y que para todos es severa, á él le ampara.

El pechador!....

Oh! Yo le conozco bien y evito su contacto.

Por eso, cuando se me aproxima y me saluda, le digo con mucha fineza:

— Disculpe. Estoy ocupado.

Y me retiro.



Filarmonía doméstica

La afición á la música es más contagiosa que la fiebre amarilla.

Hay sujetos que despues de asistir á la interpretación de una ópera cualquiera, salen á la calle cantando á pleno pulmón.

Lo he observado muchas veces.

No me estraña, pues, que esta pasión se desarrolle tanto en el hogar.

Hoy, casi no hay señorita que se estime, que no cante algo.

Yo asistí una vez á una tertulia, y of cantar una romanza más larga que el mensaje presidencial.

Y cuando el padre de la niña, al ver que el auditorio se dormía, le dijo á ésta:

—Corta, hija, corta.

Contestó un sujeto muy escamado:

—Diablol A mí me parece muy larga.

—No; si la digo que corte por lo sano.

—No se como se las compondrá para

cortar por lo sano, porque aquí estamos todos enfermos.

Y era verdad.

De resultas de la romanza, á una viuda muy interesante le atacó un fuerte dolor de muelas, y á otro señor, que era músico de un teatro de zarzuela, se le indigestó un guiso con patatas, que le había convidado á comer la tiple porque era la noche de su beneficio.

Y cuando el músico, que sentía náuseas, se levantó para salir, le preguntó el padre de la cantante:

—Va á volver?

—Creo que sí,—contestó el otro,—porque noto que las patatas han llegado ya al sí bemol.

Al oír esta contestación, la niña,—que era muy sensible,—concluyó la romanza sollozando de pena por el daño que había ocasionado, y un gomoso, que las echaba de muy entendido en música, dijo á un vecino:

—Esta romanza es de Chopín.

—¿Cómo lo sabe Vd.?

—Porque la música de Chopín es así, sollozante.

Pero la viuda le sacó de su error.

—No,—le dijo,—esta romanza es italiana y se titula «Non me piace»

—Ni á mí tampoco,—contesté yo muy contrariado.

Antes de que el gomoso pudiera formular su opinión, fué preciso correr en auxilio de la cantatriz, á quien le había dado un ataque de nervios.

Mientras nosotros la sujetábamos, ella distribuía moquetes á diestra y siniestra.

A mí me tocó en suerte uno en el ojo derecho y al padre de la niña otro en la nariz, que desgraciadamente era gemela de la de Cyrano de Bergerac.

Cuando la cantante se calmó echamos de ver, entre los desperfectos por ella producidos, un pequeño busto de Voltaire totalmente descogotado.

Ah! Desde entonces, les juro á Vds. que «yo me canto y bailo solo».

De cama á cama

La escena representa una habitación modesta. Una cama á la derecha y otra á la izquierda; debajo de una de ellas, un perro. Ropa y libros en desorden.

Escena.....grave.

PEDRO Y PASCUAL

—Pedrol Pedrol
—Qué hay, Pascual?
—No oyes? Las oncel
—Caracoies! Y por qué no me recordastes más temprano? Las oncel Y á las nueve tenía que estar en casa de ella!..... Vamos, se me aguló el paseo campestre. Y lo siento, en verdad, porque habríamos poetizado unos momentos.....aunque es cierto que la mamá no nos pierde de vis-

ta... Ah! si yo pudiese darle un narcótico... ..

—A la muchacha?

—No, hijo; á la vieja. Mira tú que son cargosas las mamás que tienen hijas casaderas. Las oncel... Si me diera prisa quizá llegase aún á tiempo.

—De darle el narcótico?

—Déjame de narcóticos!... Digo que llegaría á tiempo de realizar ese paseo campestre. Pero es tan impaciente la vieja que no me habrá esperado.

Ah! Si yo tuviese dinero.....Y a propósito, hoy tengo que entregar doscientos pesos.

—A la vieja?

—Acabarás de despertarte, animal! Es al sastre á quien le debo. Te acuerdas de aquel traje que me hizo hace dos años? Qué mono está: así, me decía ella, y se empeñó en que no solo debía ponérmelo los domingos, sinó todos los días. Traté de convencerla que mi sueldo no me daba para tanto lujo, pero...tuve que acceder á sus pretensiones....Mi galantería me valió un beso.....Me tomó la cabeza así, con las dos manos, y despues me besó en la boca.....

—Quién, la vieja?

—Pero, bruto! Estás durmiendo todavía? Dale con la vieja! Por cierto que pasé un gran susto, pues estuvo á punto de sorprenderme.....

—El sastre?

—No! Tu abuelal! Vamos, hoy no se puede hablar contigo.

---Déjame en paz, que tengo sueño.

--Bueno, duerme, hombre prosaico, en

tanto que yo me visto y me dispongo á pasar los momentos más dulces de la vida.....Mira tú que es una felicidad el ser amado como yo!

Tírame los zapatos.....Este maldito perro los ha de llevar siempre debajo de tu cama. Míralo como duerme; es holgazan como tú. A ver, Sultan!.....Como se vuelva á repetir esta fiesta, te rompo un hueso. Siquiera la vieja se enterneciera ante las súplicas de la muchacha y me esperase.....Y todo puede ser, porque ella sabe tocarla en lo sensible. ¿No te parece que aún puedo llegar á tiempo? Eh?...Pero quién de los dos gruñe?.....¿Tú ó el perro?.....Anda, no tienes sentimientos; estás roncando como un portero.....

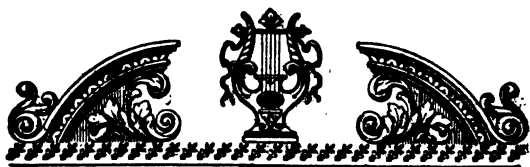
Válgame Dios!.....No sé como pueden ser felices hombres tan brutos!.....Porque, cuidado que lo es, y mucho, el pobre Pascual.—Pero él duerme, y como, y canta y todos los días se levanta más grueso.....Yo paso largas horas de insomnio; pienso en ella, y el corazón me late de placer, es verdad; mas después se me aparece la imagen terrorífica de la vieja....y tiemblo. Noto que voy adelgazando mucho de un tiempo á esta parte.....

.....Nó, nó! Pascual y su perro son más dichosos que yo. Pero ¿quién puede olvidar aquellos ojitos negros, aquella boquita de lábios rojos y húmedos!.....Ay! es inútil. He sido un zopenco en haberme dormido.—Y aún estoy á tiempo.....Pero este demonio de Sultan que se le ha ocurrido llevarme los zapatos debajo de la cama de Pascual!.....Me da pereza levantarme descalzo. A ver? probemos la fuer-

za de voluntad....Me levantaré de un salto, porque así, de poquito á poco, me dá frío....Unol....dos!...y tres!.... Cataplum!... Vaya un golpe que me he llevado!.... Maldito sea el Sultán,y el paseo campestre.... y ella tambien,

Telon.





Hombres de canas

Entre los muchos seres ridículos que habitan este bajo mundo, se destacan los de una especie que ¡vive Dios! no me he de dejar en el tintero.

Me refiero á esos seres graves por afectación, tontos de nacimiento y fátuos por vocación natural.

El lector les encontrará en todos los rincones de la tierra, así en las populosas metrópolis como en los sosegados pueblecitos.

Son esos que cuando discuten con alguien, sobre un asunto cualquiera y se ven vencidos y convencidos, ponen punto á la discusión con esta frase:

— Tengo canas y sé mejor que Vd. lo que me digo.

O esta otra:

— Cuando yo sabía esto, aun no había nacido Vd.

Y ese sugeto que tiene canas, lector, no puede comprender que Vd. joven, inteligente, que ha gastado los mejores años,

de su vida quemándose las pestañas, tenga mayores conocimientos que él, viejo verde, que nació pobre de cerebro, que jamás hojeó un libro, viviendo en continuas parrandas y orgías repugnantes.

Y no rebata Vd. sus opiniones; no le contradiga en sus ideas descabelladas ... porque él tiene muchos años y Vd. nó, él tiene experiencia y Vd. no sabe lo que es *eso*.

Experiencia....He ahí el escudo de los necios.

Fulano, hombre de canas, resuelve dedicarse al comercio. Se establece, y como no entiende la cosa, fracasa....Supónganse Vds. que quiebra.

¿Qué dice el mundo de él?

-- Hombre! ...*Qué mala suerte* tiene Fulano! ¡Caramba! Un hombre de tanta experiencia ..Solo la fatalidad podía vencerle.

Supónganse Vds. que, poco después, un joven se establece en el mismo punto donde Fulano; y que ese joven prospera, y se levanta un capital en poco tiempo.

Dirán los de las canas:

-- Hombre! Parece mentira ...Mire Vd. qué suerte ha tenido ese chiquilicuatro.... y qué audacia, por que establecerse allí donde fracasó Fulano....

Y cuente el lector que el ejemplo que cito abarca todos los menesteres, todas las artes, las ciencias todas,—por que donde haya ancianos necios y jóvenes perseverantes, de ideas propias, ha de haber lugar á la escena que pinto.

Si la experiencia es ciencia (perdónese me la cacofonía.) entonces tú, lector doc-

tor, pero joven, que has cursado seis años de preparatorios en el Colegio Nacional y otros seis de derecho en la Universidad, no discutas, acerca de la materia que crees conocer, con el almacenero de la esquina, porque es anciano.... Y tú, joven Esculapio, que pasas las noches tontamente, hojeando libros y papelotes, para salvar á la humanidad de las enfermedades que la consumen, sigue el mismo ejemplo.

No olvides que, para saber mas que el mendigo que llama á tu puerta, tienes que llegar á viejo, á tener canas.

Por lo menos, tu tienes la *esperanza* de ver algun dia tus cabellos blancos, y de tener, entonces, experiencia,—ese saber que no se puede encerrar en libros encuadrñados primorosamente, como esos con que adornas tu biblioteca y crees robustecer tu inteligencia y aumentar tus conocimientos.... Pero yo, que voy quedando calvo, ¿como rebatiré á los que vengan despues de mí, cuando se discuta algo que no entienda?

No podré decirles:

—Tengo canas, y sé mejor que Vd. lo que me pesca.

Porque algun muchacho chacotón podría contestarme:

—Hombre! Si tiene Vd. la cabeza como una vegiga de grasa de vaca...

¡Qué cruel ha sido la naturaleza con nosotros los *mondos*!

Desde ya amarga mis dias mi prematura calvicie, pues sufro horribilmente, mortificado por implacable envidia, cuando oigo que alguien dice que debido á

esto ó aquello se le han puesto los pelos de punta.

Ah! qué dichoso sería si tuviese pelos, para que alguna vez se me pusiesen así...

Volviendo al caso. Usted, hombre cuerdo y sensato que me lee ¿verdad que empieza por darme la razón?

Veo que permanece ahora meditabundo, reflexivo, al parecer.

Ya sé que se distrae Vd. en una operación muy simple:

¿A que está contando los casos en que le han rebatido sus ideas, propias y bien maduras, fruto de su reflexiva inteligencia, con el argumento consabido de las canas?

Hombre! Pare Vd. no cuente, pues tendría para rato.

Como que ya no discute Vd. con nadie y sobre nada, á causa de los continuos tropezos que ha tenido con la *experiencia*.

Al vecino, á su amigo, á mí, á media humanidad, en fin, le ha pasado lo que á Vd.

Por eso yo no discuto mas que en letras de molde.

Así, al que diga por la prensa que tiene canas, puedo contestarle:

— Pues échese tinta en la cabeza, mezclada con agua de Robión, ó no me lea, pues los suscritores no pueden esperar á que yo encanezca para que el punto se ponga en claro.

Y.....rascarse.

Hay tipos que porque tienen cuatro

años más que Vd. pretenden echar la experiencia por delante, como los ancianos. Vd. no puede saber lo que ellos, porque ellos á la edad de Vd. no lo sabían.

¡Lógica singular!

Yo oí, dias pasados, á un sujeto que decía:

— ¡Qué ha de escribir Ghiraldo como yo!... Qué quiere Vd. que valgan sus versos, si no tiene mas de veinte años!

— Si,—contestó un cuerdo;—pero Ghiraldo tiene mas composiciones que años, y Vd. más años que composiciones.

— A su edad,—replicó el primero,—yo jugaba á las bolitas y al gallo ciego.

Con eso,—claro está,—quería decir que el jóven poeta debía hacer otro tanto.

Pero estos se salen del lienzo, y yo les destinaré sitio en otro cuadro más adecuado: «los envidiosos».

¿Y qué me dicen Vds. de los que se casan á los cuarenta,—quizá para purgar sus pecados,—y pretenden burlarse de los que, en pos del amor y en la flor de la juventud, se llegan hasta el altar, con el fin de cumplir despues su misión sobre la tierra?

¿Y qué de las solteronas apergaminadas que llaman *chiquillas* á las jóvenes que pasan los veintidos y *muchachos* á los que cargan treinta inviernos sobre sus hombros?

Unos y otras pueden clasificarse entre los locos.

Todos, todos ellos han de caer bajo mi pluma, que algun dia les calcará de frente.



Poetas . . . macarrónicos

La literatura en verso cunde. Día á día aparecen en esta capital y en otras ciudades importantes diversas revistas literarias, más ó menos mal escritas, que dedican sendas columnas á las composiciones en versos *macarrónicos* y gemebundos.

Cualquier muchacho, que no hizo en su vida cosa de más provecho que comerle los postres á la cocinera mientras los preparaba, se levanta un buen día mal humorado, porque le supo amargo el café ó por otras razones más graves, y, sin más vueltas, se vá al escritorio del papá, toma la pluma y le escribe á la novia una epístola en endecasílabos, cuando no dedica romántica oda á la luna.

Y se queda corto !

Yo sé de algunos que han soltado de una sola hebra, y antes de almorzar, cua-

tro docenas de cuartetos y un ciento de madrigales.

Y se han quedado tan frescos !

La *poesiomanía* (y perdóneme la Academia) es una enfermedad que se manifiesta de golpe y porrazo, contra la cual no siempre pueden los médicos. . . alienistas.

Se ha usado en algunos casos, con éxito, el aceite de castor en grandes dosis y los baños de lluvia.

Si el mal no se ataca con fuerza el paciente está perdido, — y el sentido común, y la gramática castellana y las reglas de la poética en el mismo estado que el paciente.

Las personas barbadas suelen ser también víctimas de la *poesiomanía*.

Cuando son estos los atacados la cosa es más seria. En tales casos se hace necesario triplicar las dosis de aceite de castor.

Yo he conocido sujetos exelentísimos, más buenos que el pan de Navidad, quienes, — víctimas repentinamente del mal aludido—se han puesto insufribles, llegando á dedicarle elejiacas composiciones á las cocineras de la vecindad.

Otros atacados de la *poesiomanía* se lamentan de la ingratitud de una mujer imaginaria, y á ella dirijen sus tiros.

Entónces salpican sus estrofas de exclamaciones delirantes é intespetivas interrogaciones.

Tú, lector, estás espuesto á encontrarte con ellos, como cualquier mortal, y para evitar que seas víctima de sus *lalas*, — porque son solistas, — voy á darte un consejo, que es todo lo que puede dar un

periodista en estos tiempos calamitosos.

Cuando les veas venir hacia ti, estraviados los ojos, revuelto el cabello, desaliñado su traje... date prisa en huir, porque es seguro que habrán pasado la noche en vela, cantando á su dulcinea, y te harán oír, — si no lo remedias, — todo lo que haya producido su númen poético.

Cuidate de las indigestiones poéticas, pues, contra esas, no hay remedio que valga.

¿Verdad, lector, que estos no son TIPOS ni FANTOCHES?...

Apenas merecen el calificativo de *manequies*.

PELÁNDOLA

UNA COMEDIA EN CUATRO ESCENAS

—
(EL PALCO PROSCENIO REPRESENTA
UNA CALLE DE BUENOS AIRES, LA QUE
USTEDES GUSTEN)

ESCEGA 1ª.

—
El, — (*pasedndose d lo largo de la vereda*) ¿Qué tendré yo que las mujeres no se me pueden resistir? . . . Porque, de veras, no es una sola la que me quiere. Esta es la bolada número cinco y, — dicho sea sin ofender á las otras, — la que más me gusta. Dificulto que haya hombre nacido más afortunado que yo. Verdad que tengo un cuerpecito. . . y un modo de andar. . . y unos ojos. . . Es lo que me dice siempre la morochita: — «Que

me quemas, mi negro, si me miras. » Bien que esto de negro no es sinó un epíteto cariñoso, porque blanco, y muy blanco, debe ser quien gasta bigotito rubio como yo. (*pausa*) Así que salga mi rubiecita la saludaré echando el sombrero bien alto para que tenga tiempo de ver la onda que con tanta maestría, — como mala voluntad, — me ha hecho mi peluquero.

Verdad que hace tiempo que no le doy ni un centavo. — ¡ Achís ! (*estornudando*) ¡ Diablos ! ¡ qué frío ! . . . ¡ Lástima no haberme alcanzado el dinero para un sobretodo. . .

No sienta bien á un jóven de mi rango andar por la calle sonándose las narices, como un cualquiera. Eso es poco romántico y hasta indecente, si se quiere. — Achís ! . . . achís ! . . . Mientras yo estoy aquí, helándome, ella gozará junto á un calorífero. . . y meditará. Tal vez piense en mí. Si, si ; en su imaginación — y entre nubes de nacar, — flotará una imágen rodeada de ángeles. . . Y esa imágen ¿ quién puede ser si no yo ? — ¡ Achís ! — Demonio, tengo la nariz que parece un pedazo de carne congelada. Nada, que si demora mucho me voy. (*mirando al balcón*) Hola ! El balcón se abre. Si, ahí aparece ella. . . ella .. más hermosa que nunca. (*saludando*) Servidor de usted. así, bien alto ei sombrero. Y no me contestó. . . Cómo rien las de enfrente ! No será otra ? Maldita vista ; no alcanzo. . . Es. . . no. . . no. . . ¿ quién será ? ¡ Cristo ! . . He saludado á la mu-cama ! . . Por eso reían las otras. ¡ Qué

plancha! (*dirigiéndose al balcón*) Adios ingrata!... Salgo de aquí con una ilusión menos... y un constipado más. ¡Me he lucido!

(*vdse*)

ESCENA 2ª.

Ella (*que aparece en el balcón*) No... no está; se ha ido; ¡gracias á Dios!...

No puedo quedarme cinco minutos en el balcón sin que aparezca este mono... y me mire... y me salude. Y eso que le he hecho desaires gordos. Con razón, por que despues Arturo se pone celoso... y se permite observaciones que me ofenden. Arturo es capaz de tener celos de... de un *celador*, vamos. (*pausa*) Lo que es ahora habrá comprendido el ridículo mono que es muy feo, muy tonto, muy necio — eso es ¡muy necio! — para pretenderme á mí. Veces hay que me dan ganas de decirse lo todo á papá, pero me temo que despues lo descubra también á Arturo... (*con lástima*) Pobre Arturo, tan tímido!... á veces. Si, á veces; porque un día, sin esperar á que le diera permiso — y sin pedírmelo, — me estampó un beso. ¡Qué diría papá si lo supiera! Que yo tengo la culpa, seguramente. Y la culpa la tuvo él, Arturo... que me echó los brazos al cuello con tal rapidéz, que no pude evitarlo. — Ah! Pero ya lo he castigado!... ¡cinco días sin dejarme ver!... Deveras, he sido cruel, muy cruel... mucho... (*medita*) ¿Se habrá resentido? — Como no viene... (*echándose en la balaustrada del balcón, y con*

alegría) Es él !... él !!... que ya llega á la esquina.

Me ha visto... Me ha visto... y se dirige aquí. Pobrecito !... cuánto habrá sufrido con mi castigo !... Le recompensaré con un beso.

ESCENA 3ª.

Arturo (*vestido con elegancia: sobre todo y sombrero duro*). El lujo es la perdición de la mujer. Ninguna se resiste á la manzana... de oro. — Verdad que soy feo, — dicho sea sin adularme ; — que no me sobran virtudes ni me faltan vicios, pero también es cierto que la renta que percibo mensualmente es regularcita... Y ahí, ahí está el busilis. Por eso me quieren las muchachas. Oh ! lo que es yo no me hago ilusiones, — Además, tengo fuerza de voluntad y me resistiré... al matrimonio. Nada ! Lo que es esta rubiecita no me pesca... no me pesca... Pero, imparcialmente, es muy linda. Tiene unos ojitos, una boquita... Ah ! la boquita, sobre todo.

¡Qué beso aquel que le dí sobre esos labios de rosa !... De veras, me supo á miel. Pero ¡ cinco días sin verla ! (*pausa*) Si yo me casase con ella podría besarla siempre ; de día y de noche, de noche sobre todo. Si, de noche... cuando todo parece más poético. Podría alhajar una casita y vivir como un príncipe... con su princesa. Si me presentara en la casa no me habría de desairar el viejo... Ya lo creo que no ! Y ella ¡ qué contenta se pondría !... y... (*haciendo un movimien-*

to de impaciencia) Lo dicho : que no me-
pesca. Viva la libertad... individual !!

ESCENA 4ª.

Vigilante (*en la esquina y tiritando*).

— Pa qué le sirve á uno ser autoridad ?
Estos *jailaifes* pelan la pava delante de
mí, como si no juera naides... Pucha, di-
gol... (*con ira*) ¡ Ahurita no más lo arreo á
éste si no me da un barato !

Y... supónganse ustedes que cae el
telón.

Entre vecinas

¡Válgame Dios, doña Robustiana! y qué escasez de maridos hay en esta parroquia!... Van tres años que estoy aquí con mis tres hijas que, como usted ve, bien merecen que se les diga un piropo, y algo más, y toavía no se han topao con un zonzo que sepa valorarlas — ¡Dios bendito! en mis tiempos otros eran los modos de asar manteca... y de comerla.

Esto decía doña Celedonia Daletala, viuda de un sargento de policía, á una su amiga, que también tenía un par de angelitos esperando inútilmente la bendición del cura.

Doña Celedonia — que debo presentar á ustedes en debida forma, — es una criolla del año cuarenta, que llama á Buenos Aires «el pueblo», y á esta parroquia «las casas». Su compañera ó vecina es, poco más ó menos, de la misma época.

— ¡Qué quiere usted! — costesta doña Robustiana — los mozos de ahora no son los de antes. Puro zapatito charolao, y guantecitos, y pechera relumbrosa. Miran á las muchachas. . algunas veces, por divisi3n ; pero si una les ofrece la casa, cuando la ocasi3n se presenta, ellos la desprec3an. Les gusta enamorar á nuestras hijas por las calles. ¡Qué diferencia, doña Celedonia, de aquellos muchachos de nuestros tiempos !. . .

— Ya lo creo ! Le asiguro por mis padres, que Dios conserve en el cielo...

— Pero, doña Celedonia !. . . ¿toavía se acuerda usted de sus padres ?... mire que ha pasao tiempo !. . .

— Naide le dice lo contrario, pero le hablo de mis padres — que en paz descansan — porque quiero señalar una verdad de á puño y jurarla por la tranquilidad de ellos.

— Despache, misia, que yo no soy de las que se espantan por poca cosa.

— Pues. . . le asiguro por mis padres. que si yo me pesco á uno de estos jailaites diciéndole algo á mis muchachas, le rompo las paletas !

— A sus muchachas ?... Qué ha de romperles, doña Celedonia, si las han de tener más duras que mancarr3n de diez años !. . .

— Digo que al jay

— Ah ! eso es otra cosa. Cualquiera les rompe una paleta á estos mocitos del día ¿ No ve que se están desarmando solos ?

— La rabia que á mi me dá cuando se retuercen el bigote, y se hacen los distraídos pa que una se descuide y poder-

Los Sentidos son

le echar una flor zónza á las muchachas.

— Deje usted, doña Celedonia, que mientras no les echen más que flores. nada las perjudicarán. Y si una es muy severa y mira mal á los mozos, — que, al fin, algunos han de ser buenos. — las muchachas no se casarán nunca. A veces es preciso hacerse las dirtraídas.

— A Jacinta, la menor de mis muchachas, la visitaba antes un mocito muy embaritao, que se decía dueño de muchas acciones de bancos y mucha tierra. Y despues. . . ¡ un pelao, doña Robustiana! La tierra la tenía entre las alas del sombrero, las acciones. . . todas muy malas, y la peor de ellas fué la de abandonar á mi hija, despues de haber señalao el día de la boda.

— ¡ Qué pícarol. . . Si no le digo !. . . Yo lo habría sacao á escobazos.

— Si eso iba á hacer el día que me vino con la noticia de que no podía cumplir el compromiso ¡ qué se yo por que cosas! Agarré la escoba, le dije cuantas son cinco, y si no le sacudí fué por. . .

— Por no lastimarlo ? . . por consideración ? . .

— No, no señora ; por no romper el palo de la escoba, que era recién comprada. Como estaba por casarse mi hija, íbamos á barrer toda la casa.

— ¡ Qué lástima !

— Que no se barriera la casa ?

— No ; que no le haya sacudido por la cabeza al embaritao. Mire ; yo, por eso, no dejo dentrar á mi casa sinó á la gente buena, trabajadora, que no tiene á menos tomar mate con una. El día que mis

muchachas reciban algún mocito á la moda, créame que le saco la fetografía con una plancha caliente.

— Comadre!... Con una plancha caliente le sacará usted el cuero de la cara, que no otra cosa; y aquí la justicia no permite que una marque los borregos ajenos.

— Porque los jueces rienen hijos... y hacen siempre la justicia como pa ellos.

— No me hable de política, comadre, que con esa aguja no concluiría yo de coser. Y, adios, que ya es tarde y tengo queirme pal mercao á comprar una pata de cordero y á buscar, de paso, el acordeón de don Pancho.

— Qué está de baile?

— Quién?.., don Pancho? ... ¡Qué ha de bailar con esa barriga que Dios le ha dao!

— No, ustedes.

— Ah!... Cómo ha de llegar de ajue-
ra un sobrino mio, daremos unas vueltas.
Caramba, comadre, que me he tardao hoy!... Si cuando una se encuentra con una amiga de su tiempo no concluye nunca de hablar!...

— Y yo, que he dejao á las muchachas solas... y que tengo como inquilinos unos mocitos más atrevidos!..

— Adios, doña Robustiana.

— Que lo pase bien, misia Celedonia, y que no le resulte el sobrino como los otros.

— No hay cuidao. Ahura la escoba está vieja y no me andaré con consideraciones.

Un fracasado

Era muy desgraciado aquel pobre muchacho.

Su mala estrella le persiguió desde la cuna hasta el sepulcro.

Antes de que le destetaran cayó de la cama y dió con la cabeza sobre una salivadera.

Ese fué el prólogo de su infortunio.

Otra vez se le olvidó la nodriza en el baño, y cuando ésta fué por él estaba el pobre niño convertido en una esponja.

En su infancia, cuando concurría á la escuela y jugaba con sus compañeros, al echar suerte siempre le correspondía ser caballo.

Sus amiguitos le castigaban *porque* si y su maestro le llamaba borrico á cada instante.

Adolescente, siempre fué reprobado en los exámenes,—y salía de esos torneos

del saber con los ojos húmedos y el corazón oprimido.

Ah! con qué dolor contemplaba á hurtadillas los premios que obtenían los compañeros....

¿Acaso serían ellos mas aplicados?

Nó! Ni eran mas aplicados ni sabían más que él.

Es que el desgraciado muchacho había nacido con mala estrella.

Creció y fué hombre, pero su mala suerte le persiguió siempre con la misma tenacidad.

Se dedicó al periodismo y fué opositor al gobierno. A los dos meses de haberse iniciado en tan ingrata labor, le descalabraron de una paliza.

Se enamoró de una niña llamada Ana Pujol de Carcancho, y escribió su semblanza en un periódico literario. Al recibir la elegante hojita pretendió leer su elucubración y.....cayó de espaldas, desmayado, rompiendo con la cabeza una estatuita de barro cocido, que representaba el arte.

Los cajistas ¡asesinos! habían compuesto «á mi querida Pujo de Carancho», y con el nombre de pila cometieron una heresia que no me atrevo á escribir.

Pobre hombre! Su novia lo despidió de la casa y le llamó indecente, atrevido, mal hablado yetc.

Falto de valor para soportar tantos desastres, intentó suicidarse; tomó una pistola, aplicó el caño á su sien y.....¡pún!..... no reventó la cápsula.

Pretendió entonces arrojarle por el balcón de un tercer piso y se quedó col-

gado de la baranda por habérsele enredado en ella un faldón del *jaquet*.

Los curiosos contemplaban burlonamente a aquel sujeto que se balanceaba allí arriba, cabeza abajo.

— ¿Quién es ese individuo? — preguntó uno.

— Algun loco que se acuerda de Quedo, — contestó otro.

Y el fracasado se puso verde al oír tan cruel sátira.

Por fin concluyeron sus desastres.

Un día que se había levantado de buen humor y hallaba casi alegre la vida, le mataron por equivocación.

Si, le habían equivocado con uno de los verdugos de la *perreya*.

¡Qué infame es el destino!... qué injusta la humanidad!... He conocido muchos fracasados como este, hombres que podrían haber sido de provecho para sí y para la sociedad, que no lo fueron por haber nacido con mala estrella.

Yo no les escarnezco, como otros hacen. Por el contrario, los compadezco.

El solista

Ignoro si los escritores de costumbres se han ocupado alguna vez de este ente, nacido para dar la *lata* á aquellos que han más menester de su tiempo. Yo no puedo olvidarle porque he sido su víctima muchísimas veces.

Los solistas no respetan á nadie y pasan por sobre todo cuando han echado la vista sobre alguna víctima inocente y..... desdichada después.

Que Vd. lleva prisa, que tiene un niño enfermo, que va en busca de una partera..... Nada! El solista le ha caído con la zarpa y es Vd. suyo.

Le perseguirá á Vd. en su hogar, en la calle, en todas partes! y por poder darle el *solo*, —que le proporciona en raciones diarias,—será capaz de perseguirle hasta el fondo del mar.

ta otro planeta, si Vd. eligiese alguno para refugio.

El solista es de aquellos que se atienen al adagio: «querer es poder» y él siempre quiere darle la *lata* á alguien.

Si nace ó se hace, lo ignoro. En ese punto ha escapado á mi observación.

En todos los países está el solista, en todas las esferas, casi me atrevo á decir en todos los hogares. Como Dios, está en todas partes, con la diferencia que á éste no se le ve, aunque se pretenda mirarle, y al solista se le ve siempre, aunque no se le mire.

Yo conservo aún en la retina de mis ojos, hartos de ver cosas amargas, la silueta quijotesca de un solista que me daba dos *latas* diarias, allá por el 90. ¡Lo veo hasta en sueños y con los párpados cerrados!

Ah! no se me despintará jamás.

Si yo fuera fiscal del crimen tendría conmiseración para el parricida alevoso, para el ladrón que mata después de robar, para la adúltera, para toda esa alimaña social que llena las cárceles; pero... para el solista ¡nunca! No admitiría atenuantes. Solista y... basta! Pena de muerte, después de hacerle dar un *solo* soberbio por cualquier cura afecto á las peroraciones patéticas.

En las fiestas sociales, así como en las privadas, fácil es conocer al solista. En los banquetes es el primero que brinda, y en las reuniones familiares está siempre pronto á interrumpir la conversación con alguna tontería. Tiene la desdicha

de presentarse, en momento inoportuno, donde menos se le espera.

Si visita á un matrimonio joven, llega después de una disputa, cuando *ella* derrama sus primeras lagrimas; si va al teatro ha de presentarse en el momento en que se desarrolla la escena mas culminante del drama ó de la comedia, que interrumpe con el ruido de sus tacos.

Ha nacido, ó se ha formado, para tortura del género humano... y perruno, y gatuno, — porque, cuando se presenta en la casa de su víctima, ha de alborotarla pisándole la cola al perro ó asestándole un puntapié al gato.

El solista es temible, en sus diversas formas, y llega á serlo en grado superlativo cuando se presenta como solista político ó literario.

Entonces ¡pobre de la víctima!

En el primer caso ha de hacernos conocer, — mal que nos pese, — la opinión de su padre, de su abuelo y... del emperador de la China. En el segundo... ¡Dios nos libre!

Preferibles son las torturas que aplicaba Torquemada y los suyos.

Yo conocí un solista literario cuya imagen no se ha desvanecido de mi memoria en el trascurso de este artículo. Una noche, — en que me hallaba postrado en cama víctima de la influenza, — me aprovechó de una manera cruel. ¡Me leyó siete cuentos literarios y un poema egipcio, más dos odas épicas!... Cuando el facultativo vino á verme me halló en un estado de extenuación increíble. ¡Tenía 41 grados de fiebre!

¡ Dios sabe cuantos gramos de amarga antipyrina tuve que tragarme á causa de ese solista !

Oh !... pero ¡ qué dulce es el placer de la venganza !

Un día le convidé á café con leche, y volqué en su pocillo cuatro onzas de aceite de castor.

Excuso decirles á ustedes que no concluyó de darme el *solo*.

Para librarse del solista no hay más que un medio : sacar un revolver Smith Wesson, aplicárselo á la sien y... ¡ pum !

Aún así ¡ quién sabe si no busca en el otro mundo alguna víctima á quien dar de la *lata* !

Oh !... El solista !...

Una biaba

- De ande salís, hermaro?
- Como te va, Aniceto?
- Pucha, que hace tiempo que no se te veyá! ¿Has andao pa juera?
- No.
- Y de ande salís?
- De *la nueva*
- Que te encanaron?
- Sí, hermano, que querés!....
- Y porqué?
- Por una biaba Una biaba macanuda que le puse a un jallaisel!
- Endeveras, ché?... Y cómo jue?... Contame, pues.
- Vos conocés a *la hija de Toribís, la fiatita Filomená?*
- La tuerta?
- Esa, lo mismo que tu agüela.
- Ya lo creo! Como que se ha criado al lao de casa.

—Bueno; la fiatita Filomena anda bien conmigo, sabés?...y yo le llevo el apunte, aunque se que tuvo un hijo con un sargento, porque me lo dijo Giovanni el carnicero.

—Qué decís, hermano!... El sargento tuvo.... con el carnicero?

—No seás bárbaro, hombre!...Filomena es la que tuvo el hijo.

—Ah!...con el carnicero?

—Con tu madre '... ¡Pucha que te has güelto zonzo!

—Es que no te compriendo.

—Bueno, mirá, vos sos mas bárbaro que Lavaila, —pa decirte la verdá, —pero atendeme y no me vengáscon bolazos. Un jallaife zonzo le andaba arrastrando el ala á la muchacha, sabiendo que ella andaba bien conmigo. Todas las tardes estaba en la esquina, de *ya que te vi*....con un ramito en el ojal, de esos de á cinco centavos. El carnicero, que tambien lo habia filiao, me lo contó. Un dia jué el jallaife y le regaló el ramo, sabés?....

— Al carnicero?

— A tu agüela....pucha que sos duro é boca!.... Se lo regaló á la muchacha.

— Y vos...¿qué hicistes?

— Nada. Saqué el fillingo y me le juí al humo....

— A la muchacha?

— Al jallaife, animal! Pucha, qué ota-riol...El se me encocoró, sabés? y empezó á gritar....Así me gusta un criollo, que abra la boca y no grite, dije yo. Pero el jallaife habia sido como tero pa meter bochinche y á los gritos vino fia Toribia. Ya se estaba rejuntando gente, cuando

me dió rabia el escándalo....Atropellé y hai no más se la puse...

— A ña Toribia?

— Pero, hermano, parece que lo hubieras tomao sín soda!...Se la puse al jailaife. Un barbiço y dos puntazos. Vino el botón y juimos á la comisaria. De hai me pasaron á lionera, y de hai á *la nueva*. Es tuve cuatro meses agata. Y eso que el jailaife, dicen, estaba emparentao con Pellegrini...Pero yo le metí cuña, sabés?... que si nó me llevo la yapa! Vieras qué historia más larga me hicieron!...Ni la de Juan Morairal...Todo se golvia escrebir, y habia un mocito, en el juzgao, que lo hacia de corrido, y mientras me iba preguntando iba soltando el rollo....¡y le metia más firu!etes!...

— A la muchacha?

— Andá....á la fonda! Si parecés mamo!

-- Mamao?...Agata he tomao un vermú y una caña.

— ¡Amalaya juera veneno!....dese pa curar la sarna.

— Mas falta te hace á vos, pa curarte la picazón que te han dejao la ñatita y el jailaife.

-- ¡Avisá, si vos tambien querés probarmel!

— Gracias; no fumo, señor.

— Güeno, no te refalés. Mirá que el piso está mojao.

— Pierda cuidao, Don...No ve que piso firmel (*camina contoneándose*) Adios, hermano.—(*cantando*) No me tire con la tapa é la tinaja»....

Lectores criminales

Existen entre nosotros—y en gran cantidad,— ciertos individuos que se deleitan leyendo noticias policiales.

Los suicídios, los crímenes *horrendos*, (epíteto que los noticieros aplican á todos los crímenes) los accidentes, los robos, puñaladas, etc., etc, constituyen el manjar favorito de estos lectores.

Cuanto más espantosos sean los crímenes, mejor. Entonces estos individuos son felices.

Un hombre que, movido por los celos, sepulta un puñal en el corazón de otro que fué su amigo íntimo; una mujer que se envenena, porque la abandonó su amante; un joven, que bajo el pretexto de estar hastiado de la vida, se levanta la tapa de los sesos.....

.....Oh! Qué deleite! Qué emoción grata para los lectores criminales!

Todos los días los diarios traen noticias de esa especie, pero los lectores criminales no se cansan de leerlas.

Por eso, al recibir un diario, lo primero que hacen es recorrer con la vista la sección noticiosa, en busca de su plato de todos los días.

Constituye una costumbre en ellos, un vicio. Su espíritu necesita de esa lectura, como necesita su cuerpo del alimento.

Pasen ustedes un día sin comer, y se darán cuenta exacta de lo que padecen estos lectores cuando les falta su ración de noticias policiales.



Entre la especie de estos tan singulares lectores abundan las damas, por más que el caso parezca extraño.

Esas mismas, al presenciar un accidente desgraciado, exclaman:

—Dios mío! Yo no puedo ver esto!

Y se llevan ambas manos á los ojos, cubriéndoselos para no ver

Pero al otro día, ansiosas revisarán los ecos policiales, de punta á cabo, hasta dar con la noticia.

Estas no leen los artículos de fondo, ni las crónicas teatrales, ni la parte literaria ni ninguna clase de noticias que no sean de la especie de las ya citadas.

Los diarios que no traen esas novedades, no los leen.

Muchísimas veces á causa de esto, los esposos de esas damas suelen verse en serios aprietos. Por ejemplo: Una de las tales damas comienza á leer el diario á

cual está suscrito su esposo y, sin mucho rebuscar, observa que no trae la sección que ella apetece. ¿Qué creen ustedes que hace la dama? Pues, nada. No hace más que llamar á su *alma-mitad* y pedirle, ó más bien, ordenarle que se borre inmediatamente de la lista de los suscritores.

Esto es causa de que se originen sabrosísimos diálogos, escenas sueltas de comedias caseras.

Y observen ustedes este ejemplo:

—Señor marido,—dice una de estas á su esposo,—ya le he dicho á usted que no quiero que tome más este diario.

—Porqué, paloma mia?

—Porque para nada sirve. No trae ni una noticia que merezca leerse. Ni un crimen, ni un suicidio, ni un robo siquiera.

—Pero eso no es un motivo, angel mio, para que no tome más el diario.

—Que no es motivo?—exclama ella sulfurada.

—Es decir.....

Y al desdichado marido se le traba la lengua.

—Es decir.....qué?—interroga ella, siempre encolerizada.

Y, despues de algunos esfuerzos, el marido atribulado se arma de valor y dice:

—Es decir que sí hay motivo, pero.....como trae las operaciones de la Bolsa y eso me hace falta

—Continuarás tomándolo, eh?

—Si tú no quieres nó, pero sería bueno que quisieras.

Por otra parte, el director de ese diario es muy amigo mío y.....

—Será un tonto como tú. Porque yo, aunque soy mujer, dirigiría el diario mejor que él.

—No lo dudo. Eres capaz para todo.

—Gracias, adulon.

—No es adulonería, palomtia. Hago justicia al mérito; nada más.

Y aquí la esposa, la lectora criminal, le echa los brazos al cuello.....

Pero no lo ahorca, no; le da un beso.

Después, imprimiendo á su voz la dulzura que la mujer sabe cuando quiere, le dice:

—Ya no tomarás ese diario, verdad?

—Pero, mujercita, y las cuestiones comerciales?

—Déjalas que viajen.

Al otro día el esposo pasa por la administración del diario que no traía *crímenes horrendos* y, algo avergonzado, pide que no se le mande más.



Entre los hombres sucede algo análogo.

Los días en que los diarios no dan cuenta de un crimen, suicidio ó algo por el estilo,—cosa que, por desgracia, pocas veces sucede,—se les vé tristes, apesadumbrados, como si les hubiese sucedido algo.

Estos no pueden creer que pase un día sin que ocurra algún accidente lamentable, siquiera uno. No, señor, la empren-

den con los diarios y reniegan de todos los cronistas.

—Pepa, tráeme el diario,—dice uno de estos á su mucama.

Ella va á buscarle y se lo entrega. Nuestro hombre comienza á pasar revista por la sección noticiosa. No encuentra nada; falta su plato favorito. Torna entonces á revisar la sección noticiosa con más lentitud, y así lo hace unas cuantas veces. Pero ¡nadá! no hubo en todo el día una desgracia. Entonces sacude un feroz puñetazo sobre el escritorio y exclama, en el colmo de la cólera:

—Malditos cronistas!.....Holgazanes!..... Miren ustedes que modo de llenar un diario!.....Aquí hablan de política, allá de literatura, más allá de teatros, del tiempo, de.....Pero, señor!.....¿Qué le importa esto al público? Que el presidente anda metido en un negocio sucio; Dios le proteja y le saque bien de allí. Que las obras de Fulano son buenas, que hay mucho ingenio, mucho.....Vamos, mejor para él. Que la Tubau estuvo bien en tal pieza y que la Patti cantó como un ruiseñor; perfectamente, así lo hagan siempre. Que el tiempo está malo; que á ratos reina frío, que á ratos el calor es insoportable..... Que se lo cuente á su abuela, señor, que esto lo sabe todo el mundo, sin necesidad de diarios. Vaya unas novedades!....Y decir que estoy gastando dinero para leer estas paparruchas!.....

Y, volviendo á descargar otro puñetazo sobre el escritorio, vocifera:

—Manuel !

—Señor? Mande usted.

—Vete á la administración de este diario, corriendo, y diles que me hagan el bien de no mandármelo más; que si está ó no está malo el tiempo lo sé mejor que ellos.

Con esto el sirviente parte á escape y á los pocos minutos el diario tiene un suscriptor menos.



Pero hay otros que no llegan á tal extremo. Reniegan, si, un momento, más luego se calman.

—Ha visto usted, don Juan, qué hambre está hoy este diario? Ni un balazo, ni una puñalada, ni un bofetón siquiera.

¿Es verdad, hoy no trae nada bueno. Ni peleas, ni accidentes desgraciados, ni robos...Nada, absolutamente nada.

— Esto es intolerable! Los cronistas de antes eran otra cosa.

— Ya lo creo! Por ejemplo, se caía un albañil de un andamio; en seguida el noticiero tomaba los datos y escribía media columna, dando todos los detalles de como se había roto la cabeza, y si había caído de pié, ó patas arriba ó de costado; y no faltaba alguno de esos buenos reporters que hasta llegaba á contar, vuelta por vuelta, todas las que el albañil había dado por el aire. En fin, un cuadro completo. Ahora, por el contrario, ocurre un crimen apetitoso y no escriben ni dos líneas sobre el asunto.

Dicen, por ejemplo: «Fulano le pegó una puñalada á otro. La policía aprehen-

«dió ó no aprehendió al heridor.» Nada más. Pero, amigo, no dicen si el herido brincó al recibir la puñalada, ni si cayó sin sentido, ni siquiera si le salió mucha ó poca sangre. Nada, hombre, nada. Hoy ya no se pueden leer los diarios. No se ven sinó títulos como estos: *Fruta verde, La cosecha en la campaña, Valor de la propiedad, La edificación en Buenos Aires*, y otros no menos soporíferos. Y vaya usted, despues, á decir en el extranjero que tenemos periódicos!

— Si,—murmura el otro entre dientes,— el servicio noticioso de los diarios de Buenos Aires está perdido.

* * *

Por eso los reporters, cuando escasean las noticias policiales, buscan el medio de salir del aprieto.

— Ché, Grabiél, que tal de crímenes?— pregunta uno de estos á otro colega suyo.

— Nada, hombre.

— Completamente nada?

— Una sola caída. Un albañil se rompió una pierna.

— ¡Caramba! Es poco. Pero, en fin, ya nos arreglaremos.

— De qué manera?

— Inventándonos unas cuantas noticias sensacionales. Ya verás que listo soy yo para estas cosas. Daré todos los detalles de un crimen horrendo, bárbaro...

— Pero eso es una locura!

—No te espantes. Tu aun tienes poco conocimiento de estas cosas. Ya verás como yo te enseño pronto, y con qué facilidad saldremos de apuros. Para eso es preciso que me ayudes.

—Pero cómo?

—Escucha. Escribimos una noticia bajo el titulo de terrible crimen, diciendo que por celos, —que esto es lo de moda. —un marido dió muerte á su esposa, á la del vecino, á la de .. en fin, que mató á cuantos individuos habitaban en la casa.

—Pero si se descubre que todo es embuste?

—¡Qué se ha de descubrir! Tú publicas la noticia en el diario donde trabajas, yo la publico en unos cuantos (porque trabajo en varios diarios) y nuestros lectores, al ver la noticia en tantos periódicos, se tragarán la píldora á ojos cerrados.

Dicho y hecho. Los dos cronistas se ponen de acuerdo y, gracias á su ingenio, sirven un exelente plato á los lectores criminales, que, por ese dia, quedan completamente satisfechos.



Esa plaga social, que yo llamo lectores criminales, existe desde muchísimos años atrás, y se ha diseminado sobre el globo, de tal manera, que es imposible acabar con ella. Continuará existiendo, mal que nos pese, mientras este nuestro planeta continúe girando en derredor del sol, por que ¿quién se atreve á reformar la Naturaleza?

Creedlo, los lectores criminales son enfermos que hasta la fecha han escapado á los estudios de la ciencia médica.

¡Quizás mañana tengan un asilo análogo al de los locos!

Plagiario

Mucho abundan, y por todas partes nos invaden.

En los diarios, en las revistas semanales, en los almanaques se les encuentra á cada instante.

Tomad cualquier hoja impresa ¡ y ahí están ellos !

Ellos !... siempre con la frase pulfda, galana, y la idea agena.

De todo sacan partido: desde los artículos más notables hasta las crónicas más sencillas.

Aventurad una frase ingeniosa ¡ y mañana la repetirán cincuenta como cosa suya !

Escribid un artículo literario, y le vereis reproducido en los diarios de provincias, — sin vuestra firma, en algunos con otro nombre, en los más.

Son la pesadilla de los novicios.

—A esos! — dicen ellos; y *esos* son los primeros que caen en sus garras.

Porque los plagiarios tienen más audacia que talento.

Su arma es la tijera. Cortan aquí y allá, luego firman . . . y echan fama.

¡Fama de plagiarios!

Pero . . . ¡ni por esas!

Firmes en su propósito, continúan *trabajando*.

Si alguien les llama: — ladrones! Ellos replican: — envidiosos!

Y pata.

El público continúa leyendo, sin importarle de donde sale *aquello* . . .

Y el plagiario ascendiendo paulatinamente en su carrera literaria.

Siempre vestidos con ropa ajena, se exhiben en diarios y en periódicos, llenando columnas y más columnas.

Los más tímidos se llaman imitadores; los más desvergozados se llaman maestros.

Yo, que he rodado por muchas imprentas, más de una vez me he codeado con ellos.

Y les he visto *trabajar*, pero ¡de qué manera!

Les he visto cortar artículos íntegros, de punta a cabo, cambiarles el título . . . y la firma.

Luego ¡á las cajas!

Yo también he caído en sus garras; y también he sido su víctima!

Por eso, ahora, les dedico estas líneas.

Les quereis conocer?

Bastará un poco de observación por vuestra parte.

Yo les encuentro á cada paso. Les veo ufanos, contentos, orgullosos. . . formada su reputación literaria.

Pero les esquivo, porque estos parásitos de la literatura me inspiran mucho asco.

La ley penal no les castiga, pero la ley social no debe perdonarles.

Oh! Ya les llegará su día!..

Los desheredados

(COMEDIA Á LA MINUTA CON RIBETES
DRAMÁTICOS)

ESCENA I

(Habitación destartalada. Un catre á la derecha y otro á la izquierda, sobre los que se verán mantas y cobijas en desorden. Esparcidas en la habitación varias sillas desvencijadas y dos baules. Colgadas de las paredes, varias piezas de ropa exterior.)

ALFREDO Y ENRIQUE pasean en la habitación, muy cabizbajos.

ALFREDO.—¡Ah! Esto de vivir sin dine-

ro es horrible, muy horrible! Para continuar así más valiera que nos metiésemos á cómicos. (*Con desesperación*). ¡No tenemos un pesol!

ENRIQUE. — Yo sí, tengo uno.....sobre el alma, y muy gordo.

—Qué miseria, Enríque!

—Qué miseria, Alfredó!

—¿Oyes? ...(*sobresaltado*). Lllaman á la puerta. ¿Quién será?

—No te afijas, ha de ser el dueño de casa que viene por el alquiler.

—O la lavandera por la cuenta....de hace seis meses.

—O la planchadora.

—Tal vez sea Tomás, á quien le debemos veinte pesos. Y no tomará nada de fijo.

—Todo lo que podrá tomar será una determinación severa y demandarnos.

—El juez decretaría el embargo.

—Y nos embargarían.

—A mí el baúl y el catre.

—A mí un tomo de poesías selectas por Guido Spano.

—¡Chitón! Lllaman otra vez. ¡Siquiera mi cuñado me mandase el giro que me prometió!

—¡Ah! Entonces *giraríamos* sobre nuestros talones.

—¿Qué *gira* haría yo!... ..

—¡Y yo!

Pagaríamos al dueño del hotel, á la lavandera, á la....

—¡Ah, tonto! ¡Qué gusto de malgastar el dinero! Me opongo á que pagues.

—Y yo quiero pagar.

—¡Que sí!

—¡Que nó!

—¡Chitón! Lllaman nuevamente.

(*Permanecen inmóviles y en silencio por un instante*).—¡Oh, Dios...¿Porqué no tendrá chimenea nuestra covacha?

—¡Hombre!...¿Para qué, si no hay leña?

—¿Que no? ·Ya verás tú si hay leña!

—¿Y qué harías si la covacha tuviera chimenea?

—¡Nada! Escabullirme por ella. Llegaría á la azotea y....

—¿Y despues?

—¿Después?.....Ya verías tú. Mira, yo mantengo relaciones amorosas con la mucamita de aquí al lado.

—¿Deveras?

—Muy de veras. La he jurado un amor sin límites (como nuestra miseria), y ella me ha dicho que su corazón es mío y que cuanto antes me demostrará la intensidad de su pasión.

—¡Hola!

—Por lo pronto, ya me ha dado alguna prueba de cariño y.....de caridad. Figúrate que, gracias á ella, fumo los cigarrillos de su patrón.

—Dichoso tú. Yo no fumo más que disgustos. ¿Te queda alguno suelto?

—¿Algún disgusto? Ya lo creo, y gordo.

—No, un cigarrillo.

—¡Qué me ha de quedar!....Si desde que no como, fumo lo que un contramaestre!

—¡Calla, calla! Lllaman otra vez, y ¡con qué fuerzas! Ese bárbaro debe ser el propietario. ¿Oyes? Ahora dos golpecitos

suaves. Esa es la planchadora. No parece que llamara, sinó que estuviese alisando. ¡Ay! qué manos más ricas, más delicadas tiene esa morochal

—¡Muchol Yo me las comería.....

—¡Hombre sensual, libidinosol

—Digo que me las comería fritas, y con patatas.

—¡Ahl

—¡Siquiera llegase hoy el giro!.....Está-
ríamos salvados.

—Y podríamos tomar parte en la farra que prepara Garcia. Es á diez pesos por cabeza. ¡Ahl cómo me duele la mial Tengo fiebre.

—Aguanta.

—¡Y sopla!

—¡Canastos!... .Qué manera de golpear! Estos bárbaros no piensan retirarse. Si encontrásemos un recurso para huir.....
¡Ah, brutos! ¡mil veces brutos! Hay que buscar alguno.

—¿Algún bruto?

—¡Algún recurso, bestia! (*da vueltas por la habitación precipitadamente*).

—Gracias.

—Ni sótano tiene este maldito cuartujo. ¡Es cosa como para suicidarse! (*Empieza á desocupar un baúl*).—Ayúdame!

—¿A suicidarte?

—¡Animall ¡Que me ayudes á desocupar el baúl!

—¿Para qué?

—¡Para que te lleve el demonioll

—Vaya un gusto. ¡Y cómo te das prisa en prepararme el equipaje! Haces bien. El viaje debe ser tan largol...

—¿Y aun te quedan ganas de bromear?
¡Bendita sea la calma que Dios te ha da-
do! Lo que es esta vez no nos libramos.
Un minuto más y los acreedores cruza-
rán el patio y llegarán hasta la puerta de
nuestra habitación, y entrarán, y nos sa-
carán de una oreja, y nos aplicarán pun-
tapiés y (*desocupa el baúl con más prisa*)
y.....estamos perdidos! perdidos!!.....per-
didos!!

—Vamos, tú deliras. ¡Si ya se han ido
todos! ¿A que salgo en busca de cigarri-
llos?

—¿Si?..... Atrévete. Quiero ver hasta
dónde llega tu osadía.

(*Sale Alfredo. Enrique permanece con
el oído pegado á la puerta.*)

ESCENA II

ALFREDO (*que entra muy alborozado*).—
Viva la burguesía!.....Mira, aquí está el
busilis!.....Aquí está lo que nos hizo pasar
tan amargos ratos!.....(*enseña un sobre.*)

—¿Qué?.....¡Habla!.....¡Explicatel! ¿Ves?
.....¡El giro, el deseado giro! Quien lla-
maba era el cartero.

—¡Oh, Dios!.....

(*Cae el telón y... el público silba y patea
estrepitosamente.*)

Gardin

Gardin era un poeta de *alto vuelo*. Escribía mucho y se alimentaba muy mal, porque nunca se han llevado bien las musas con los hoteleros.

Pero él no desalentaba por eso.

Por la mañana se desayunaba con un soneto y á la hora del almuerzo leía una oda épica.

Con este sistema de alimentación nuestro hombre se puso tan flaco y macilento, que daba pena el verle. Ya no parecía un poeta, sinó un *mamoret*.

Exteriormente sus ropas hablaban por él. El pobre cubría su esqueleto *modernista* con un *jaquet* raído y unos pantalones que se empeñaban en volverse más cortos á cada día,—sin duda porque la escalera del Parnaso es tan larga que saca rodilleras.

Gardin, como todo poeta que se estima, tenía novia linda y alegre.

Ella era quien le inspiraba sus versos armoniosos, de elegante corte, salpicados de imágenes vivas y deslumbrantes.

La amaba, pero un día riñeron. El le leyó unos versos muy largos, y ella, que era corta,—corta de genio y de resistencia,—se desmayó sobre un diván en postura inconveniente.

El pudo observar así que su novia gastaba medias rojas,—y, enemigo acérrimo de ese color, la dijo muchas inconveniencias.

Ella se encolerizó también y le llamó mal poeta, ambicioso y otario de las musas.

Pobre Gardin! Salió de casa de su amada con el corazón hecho un merengue. Lloró mucho durante el camino, y más hubiera llorado aún si no hubiese notado la falta de su pañuelo. ¡Tan pobre era que no tenía ni con qué secarse las lágrimas!

Las más tétricas ideas despertaron en él y tomaron cuerpo. Pensó arrojarse en la Dársena y morir en *estrecho connubio* con las olas,—á las que, desde muy niño, había dedicado tanta majadería.

Porque Gardin, como otro muchos, había sido poeta *acudtico*.

Después pensó descolgarse á la calle desde los balcones del último piso de la Intendencia Municipal, pero rechazó la idea por considerarla vulgar.

Por fin se resolvió á tomar una determinación.....irrevocable.

Copió con pulida letra los versos cau-

santes del rompimiento y los remitió á una revista literaria. Cuando salió á luz la publicación aludida, buscó ansioso sus versos. No estaban ahí. Deslizó su vista por la sección *Correspondencia* y solo halló unas líneas que decían: «Gardin. —Muy malos, pero mucho! Nos ha extrañado, en verdad, que pueda escribir versos tan largos quien, como Vd, gasta unos pantalones tan cortos. No le alcanzan á los tobillos.»

—Imbéciles!—gruñó Gardin,—los pantalones no me alcanzan á los tobillos, pero mis versos cubren toda mi alma.

Y rompió á llorar de rabia y quebró la pluma.

Oh! Yo siento mucha compasión por esos hombres que, como Gardin, solo abrigan su alma.

El cuerpo es el que paga el pato después.

Para escribir bien es preciso alimentarse ídem.

¡Cuántas veces el soneto simbolista que admiramos y aplaudimos no es más que el fruto de un tarro de ostras ó de perdices en escabeche!.....

Antojos

Me refiero á los antojos de las damas, cuando se hallan en estado interesante.

Hay algunas que suelen tenerlos originalísimos, causa que pone en graves aprietos á muchos maridos.

Y vean Vds.

—Ayl Luisito¡qué antojo tengo!

—Holal Comienzan los antojos? Esto va bien.

—Si: se me antoja.....¿á que no adivinas qué?

—Imposible, si no me lo dices.

—Pues.....se me antoja tirarle del bigote á mi primo.

—Hijita!

—Que lo quiero!

—Que eso es demasiado!

—Nada, nada! Ten en cuenta mi estado, y piensa lo que podría suceder.

—Nada malo. Que naciera un niño con bigotes ¿no es eso? Yo quisiera tener un chico así, con mostachos largos. Sería una personita muy original.

—Pero.....y si naciese niña?

—Sería una novedad. Una niña con bigotes!....qué ricura!

—Por Dios! Qué cosas dices! Mira, Luisito, es preciso que consientas.....

—Pero, hijal... ..

—Un tironcito!.....Nada más que un tironcito!.....

Y tan suplicante es el tono con que ella lo pide, que Luisito se ve precisado á consentir.

Y luego.....las consecuencias.

Nace un chico con bigotes.

Luisito observa que es el primo, en pintura!.....y dice á su esposa:

—Has visto? Si no le hubieses tirado del mostacho á tu primo, no habria sucedido eso.

A otras damas se les ocurren verdaderos despropósitos.

—Tengo un antojo muy grave.

—Veamos.

—Quisiera comerme un gato escabechado.

—Un gato en escabeche!—esclama el marido, en el colmo del asombro.

Pero acaba por *escabechar* al gato.

Un precioso animal!.....que anda bien con varias gatas vecinas.

Y despues ¡qué ratos tan amargos pasa el infeliz marido!

—Si dará á luz un gato?—piensa.

Pero llega el día esperado y se desengaña.

Su esposa alumbra un robusto chico, muy parecido al almacenero de la esquina.

Y el esposo se irrita:

—Has mirado mucho al almacenero, durante tu embarazo!

—Te aseguro que no.

—No me lo niegues,—que yo, en estos asuntos, calzo punto muy alto. ¡Tú has mirado al almacenero!

—Es verdad, porque siempre le tenía delante.

—Ah! Con que siempre le tenías delante, eh? Esto no puede quedar así!

Y el marido patea, y gesticula y se arranca los cabellos, mientras el chico llora como un becerrete.

El, que lo tiene en sus brazos, lo mira y piensa:

—Si lo estrellaré contra el suelo?

Pero desiste de su criminal propósito..

Y le envuelve en un pañal.

Ay! Cuántas desgracias ocurren á causa de los antojos!....,

En cierta ocasión se le antojó á una dama leer un discurso, pronunciado no hace mucho por un orador político, y.....

Saben Vds. lo que dió á luz?

¡¡Un chico sin cabeza!!

Chof! . . . chof! . . . chof! . . .

—Lijero! . . . lijero! . . . No faltan más que 45 minutos para la salida del tren, Apúrate, Gregorio. . . mis chancas. . . ¿dónde están mis chancas? La polvera, la pasta de almendras. . . pronto, pronto. Luis! . . . Ay! qué sirviente más marmota!

—Hijita, siempre renegando del sirviente. No te pongas tan nerviosa. Tiempo habrá para todo.

—Tú siempre con esa pachorra. ¡No he visto marido igual! Por eso te llevas cada chasco! . . . Mi abanico, mi prendedor, mi falda lila. . . Luis, pronto!

Y por entre aquel revoltijo de baules, balijas y paquetes cruzaba Luis diligente, ora culebreando, ora saltando por encima de los bultos, agitado, sudoroso, desesperado.

rado al no poder servir á su patrona con la destreza que él deseara.

Gregorio, el marido de la dama, pacífico, cachaciento, proseguía silenciosamente su tarea. Liaba paquetes y paquetes, que clasificaba detenidamente en su cartera.

« Paquete número 1 — Contiene el peine, cosmético, un atadito de habanos y dos corbatas »

« Paquete número 2 — Contiene la dentadura de repuesto, seis pares de medias, una caja de sardinas y una novela de Paul de Kock. »

A ratos le interrumpía su señora con una avalancha de frases y palabras entrecortadas por la agitación. El levantaba la vista, contemplaba á su esposa, sonriente y volvía á su tarea.

« Paquete número ... »

—Pero, apúrate, hombre... Ya no falta más que media hora. Pronto, pronto, marmota!... Demonio!... ¿Qué es lo que tienes en las venas? ... Horchata?

—No te alarmes, hija. Aún hay tiempo. Paquete número...

—Pero, torpe! A que perdemos los pasajes como la otra vez?

—Hijita, la otra vez fué por culpa del cochero. Cinco minutos antes de la hora señalada para la partida del tren, ya estaba listo. Paquete número 16.— Contiene un frasco de tinta. ...

—Pero quieres moverte?... O será preciso que me vaya sola? Estoy segura de que Lía ya me estará esperando en la estación.

—Es posible. Tu hermana es lo mismo que tú. Tiene siempre los nervios como cuerdas de guitarra en temple alto. --Paquete...

—Más vale pecar de lista que de ...

—De qué? ... vamos á ver?...

—De... Iba á aplicarte un calificativo feroz! ...

—Si?... No me estraña. -- Paquete número 20. -- Contiene una esponja, una toalla de baño...

—No te estraña por que no tienes vergüenza. Siempre has de ser así. Debetas tomar ejemplo de mi cuñado Ernesto.

—Contiene una botella de cognac...

—Quién?... mi cuñado?

—No, hija, estoy haciendo un apunte.

—Ah! Bien decía... porque no debes criticar á un cojo quien cojea de los dos pies.

—Linda sentencia! Voy á anotarla en mi cartera.

—Pero, hombre! ... Te estás burlando?

—Yo?... Lejos de eso, hija! Es que me gusta la sentencia y se la voy á plantar el mejor día á un colega de la cámara...

—Pero, Gregorio, no estás listo aún? Ah! ... Luis... se me olvidaba. Tráeme el frasco de azahar. Ah! y la jaula del canario. Se lo regalaré á mi sobrinita.

—Canario!

—Si, el canario,...

—Digo que ¡canario! ... que no me hace gracia regales el pájaro.

—Y á tí ¿qué te importa? Acaso es tuyo?

—Siempre he creído que sí.

—Y has estado en error. A mi me lo ha regalado Nellán.

—En agradecimiento al empleo que yo le hice dar.

—Bueno, muévete, hombre!

—Ya voy, ya voy!... — Paquete 34... ¿Han mandado por el carruaje?

—Sí, ya está esperando. Muévete, hombre, muévete!...

—Qué me muera?... Por qué?...

—Que te muevas.

—Ya voy, hijita, ya voy! Y qué horas son?

—Las 3 y 50 y á las 4 sale el tren.

—Bueno, tendré que irme sin clasificar debidamente los ataditos. Dónde está mi baúl? Ah! ya le veo.

—No has concluído todavía?

—Estoy guardando en el baúl los paquetitos... Debes comprender que en los bolsillos no me caben... Ah! qué contenta se pondrá Lia cuando nos vea! Ya estoy listo.

—Gracias á Dios!

II

ELLA — Cochero!... apure!... apure... Ay! Dios mío!... ya no faltan más que cuatro minutos... Yo me ahogo! me sofoco!...

EL — Llevo seis paquetes sin detallar. Sin embargo, algo recuerdo de lo que va en ellos

— A que perdemos el tren ? ... Por culpa tuya, por tu maldita cabeza ! ...

— No, hija ; lo que perdemos es la paciencia. Calma, calma tus nervios. ...

— Cochero, por Dios ! ... ¡ ya no faltan más que dos minutos ! ...

— Diablo, que camina ligero ese reloj.

Siquiera el coche le imitase ... Pero qué ! ... Estos cocheros de plaza parecen cortados todos por la misma tijera. Verás como compro uno cuando llegue á senador.

— Un cochero ?

— No, hija ; un coche.

— Ahora pretendes achacarle las culpas al cochero.

— Y tengo razón.

— Dios bendito ! ... un tranway descarrilado. ... un carro delante, cruzado en medio de la vía ! ... Ay ! ... yo me sofoco ! ...

— El paquete número 14 no está bien de tallado. Algo he olvidado anotar.

III

EL — Vaya ! ... Ahí está la estación ! ...

ELLA — Ah ! sí. Ya me sabía yo que la estación estaría.

— Bajemos.

— Al fin !

— Cochero, cóbrese. ... guarde el resto.

— Lijero ! ... Sígueme.

— Voy, mujer.

— Ahí está el tren Corramos.

GUARDIA — Ah ! ... ¡ Ah ! ...

mite pasar. Se ha cerrado ya la ventanilla.

— ¡ ¡ ¡... ¡ ¡ ¡

EL TREN — Hooouich!... Chof!.. chof!
... chof!...

ELLA — Ay!... (*se desmaya*)

EL — Qué lástima!.., perder el tren!
... Y yo que tenía los paquetes clasificados con tanta prolividad!...

El escritor humorista

(EPILOGO GEMBUNDO)

La generalidad, la gran masa que puebla este planeta, el más mísero — salvo deshonrosas escepciones, — creen que el escritor festivo es un ser dichoso, que pasa su vida riendo y satirizando al prójimo á falta de otra cosa en que matar el tiempo. Hasta hay quienes le suponen rentista, con coche, traje negro y abono en los teatros.

Error!... Gravísimo error!

El escritor humorista suele ser, con frecuencia, tan desgraciado como cualquier poeta decadente y melenudo. Su bolsillo y el del maestro de escuela, se parecen como hermanos gemelos, lo que

no es estraño, pues tarea igualmente lucrativa considero el educar á los niños que el hacer reir á los grandes.

Unos y otros son desagradecidos casi siempre.

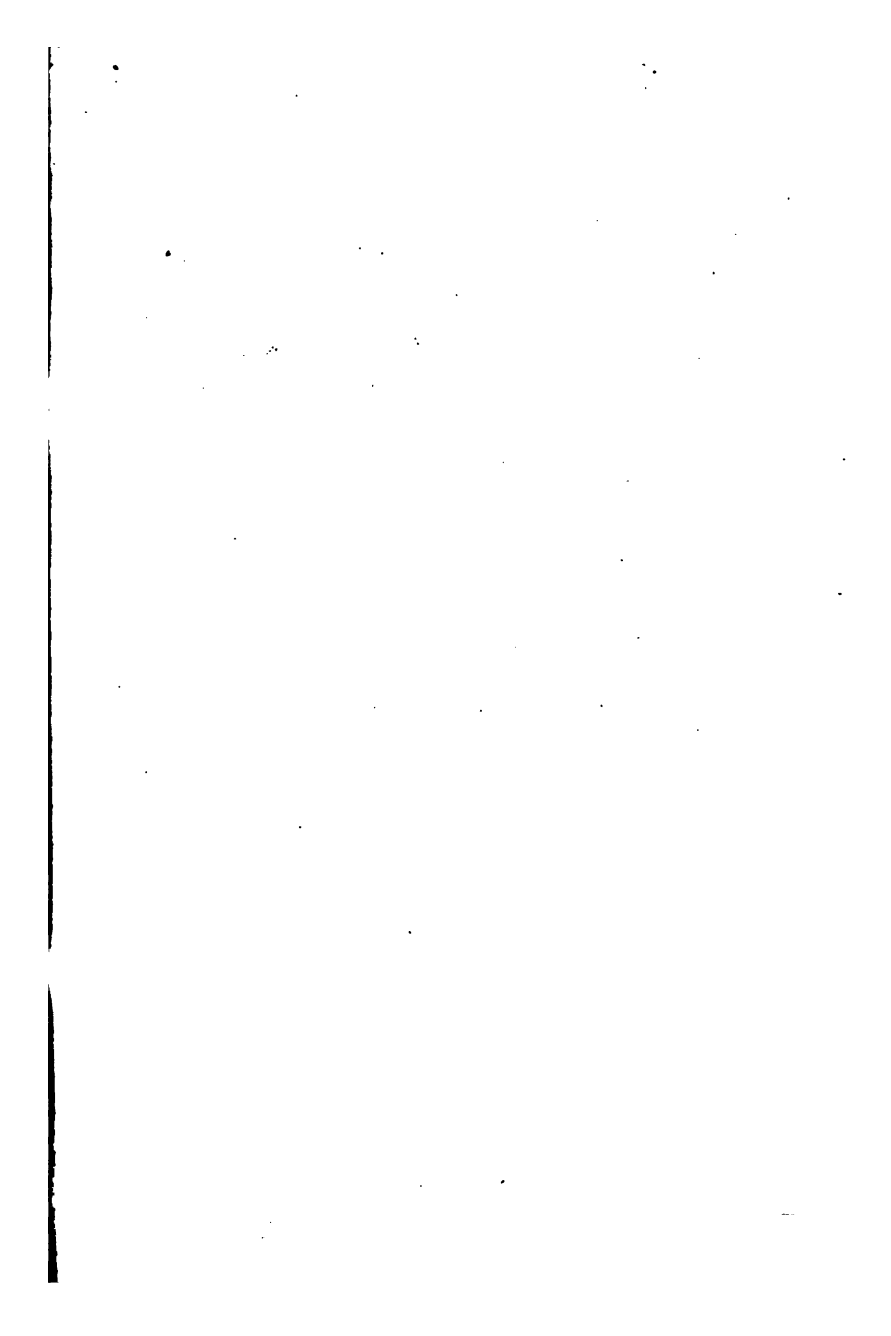
Por lo regular el escritor festivo no rie, porque los acreedores no le permiten dar expansión á su ánimo. En cambio rien sus botines, hartos de arrastrarse sobre el pavimento de la veredas. Ríen del zapatero que los ha fiado y no los cobrará, y rien del pueblo todo que paga cándidamente impuesto de empedrado y transita sobre el lodo.

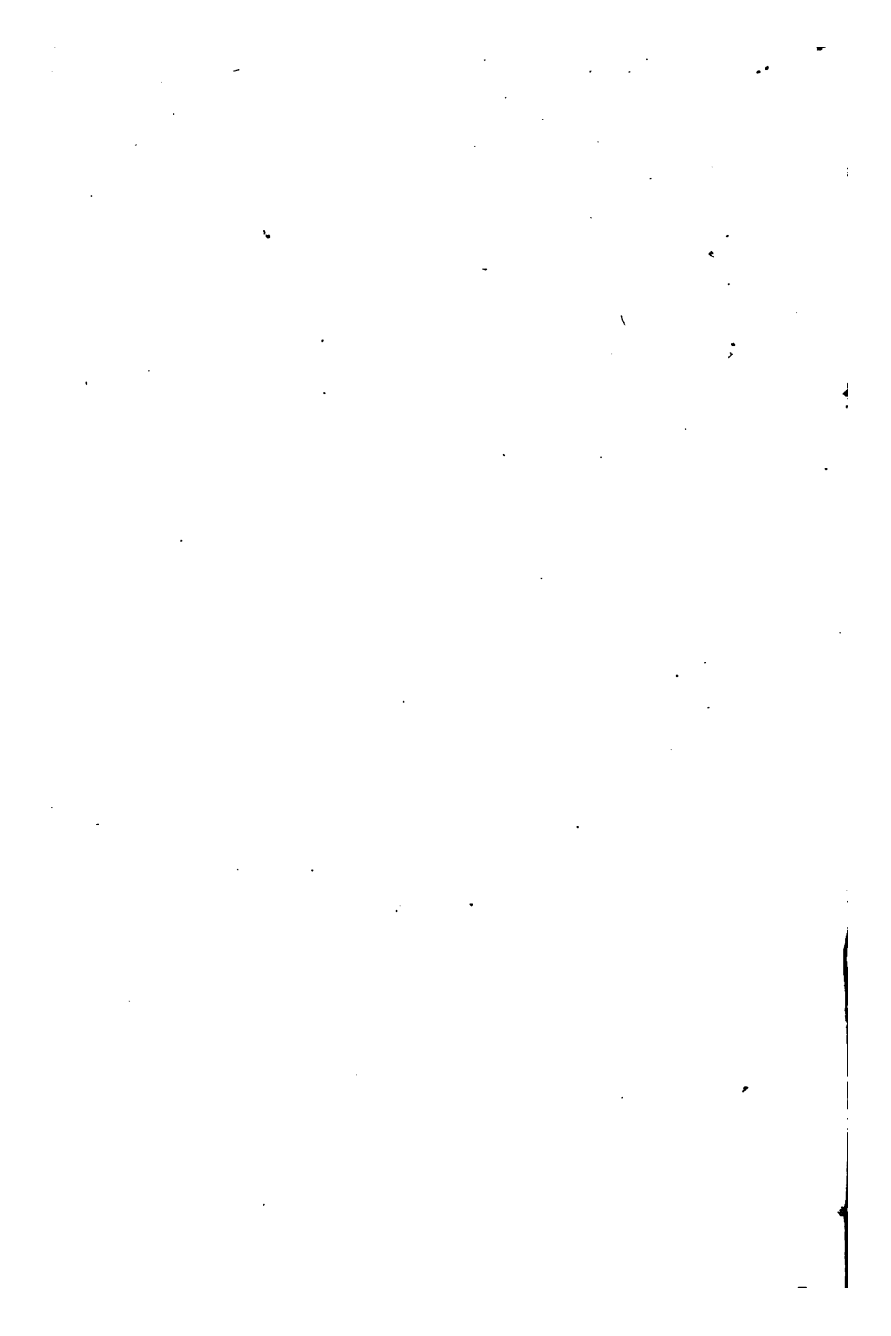
Créanme ustedes á mi. El escritor humorista es un taquígrafo sin sueldo y un fotógrafo que retrata por placer. Taquígrafo, cuando copia el diálogo viváz; fotógrafo, cuando estampa la silueta de algún TIPO Ó FANTOCHE.

Si bien, en este mundo irónico y perverso, todos hacemos reir á las gentes, quien tiene mayor derecho á retribución *monetaria* es el escritor cómico, que con sus trabajos, — en apariencia frívolos, — proporciona momentos de soláz, indispensables para que las digestiones sean fáciles y tranquilas.

Para ganar carnes no hagan ustedes gastos en farmacopea. No! Lean artículos humorísticos, «que la risa, como los alimentos sanos, contribuye á criar buena sangre»

He dicho.





This book should be returned to
the Library on or before the last date
stamped below.

A fine of five cents a day is incurred
by retaining it beyond the specified
time.

Please return promptly.